

## CAPÍTULO CINCO

*La situación de incapacidad física de Iñigo tras ser herido en Pamplona por los franceses, así como el trato amigable y las curas dispensadas antes de enviarlo a casa en una litera, son la base paródica del quebrantamiento de don Quijote tras la paliza propinada por el mozo de mulas de los mercaderes y, también, la razón por la que el labrador que le asiste resulta ser un vecino que le ayuda a levantarse, le conduce hasta la casa sobre su asno y le trata cortés y amigablemente.*

*Una vez en su domicilio, don Quijote deberá enfrentarse a la incompreensión de sus amigos y familiares, símbolos del acoso inquisitorial sufrido por Loyola desde su llegada a Alcalá de Henares y Salamanca.*

### **DONDE SE PROSIGUE**

Ni en el Relato ni en la Vida se comenta la salida de Iñigo desde la casa-torre hacia Pamplona para combatir a los franceses, tampoco se habla de las circunstancias o prolegómenos de dicha expedición. Ambos comienzan evocando los momentos previos a la herida de Iñigo, la rendición de la fortaleza y la vuelta a casa transportado en una litera.

Teniendo en cuenta esa primera salida de Iñigo, elíptica en las fuentes, Cervantes hace volver a don Quijote a casa para parodiar dicho momento y, a su vez, igualar el número de salidas de Loyola con el de su personaje.

Es tal la precisión de la parodia a tales efectos temporales y estructurales que, como veremos enseguida, don Quijote volverá a ser aquí Alonso Quijano y perderá momentáneamente su recién estrenada personalidad para coincidir con el tiempo en que Ignacio era todavía Iñigo.

Pero dejemos eso por ahora y veamos el epígrafe de este capítulo cinco ("Donde se prosigue la narración de la desgracia de nuestro caballero"), pues su ambigüedad permite leerlo, primero, como anuncio de la continuación de los sucesos del capítulo anterior, con don Quijote "molido y casi deshecho" a causa de la paliza propinada por el mozo de mulas de los mercaderes y, segundo, como aclaración sobre el proceso de elaboración mimética seguido por Cervantes que, en el capítulo anterior, anduvo parodiando hechos pertenecientes al segundo del Relato y, ahora, como hemos comentado y para cumplir su intención de imitar las tres salidas de Loyola, se ve obligado a retroceder al principio, al momento en que éste vuelve herido de Pamplona, de ahí el "Donde se prosigue", pues Cervantes retoma la parodia de los primeros fragmentos del Relato, de la narración de la "desgracia" que desencadenará la transformación de Iñigo en Ignacio: la herida de la pierna que, subrepticamente, late a lo largo de todo el capítulo.

Releamos el fundamental comienzo del Relato y el correspondiente de la Vida, ambos imprescindibles para comprender el trasfondo de los inicios de este capítulo cinco de la novela

Hasta los veintiséis años de su edad fue hombre dado a las vanidades del mundo y principalmente se deleitaba en ejercicio de armas con un grande y vano deseo de ganar honra. Y así, estando en una fortaleza que los franceses combatían, y siendo todos de parecer que se diesen, salvas las vidas, por ver claramente que no se podían defender, él dio tantas razones al alcaide, que todavía lo persuadió a defenderse, aunque contra parecer de todos los caballeros, los cuales se confortaban con su ánimo y esfuerzo. Y venido el día que se esperaba la batería, él se confesó con uno de aquellos sus compañeros en las armas; y después de durar un buen rato la batería, le acertó a él una

bombarda en una pierna, quebrándosela toda; y porque la pelota pasó por entrambas las piernas, también la otra fue mal herida.

2. Y así, cayendo él, los de la fortaleza se rindieron luego a los franceses, los cuales, después de se haber apoderado della, trataron muy bien al herido, tratándolo cortés y amigablemente. Y después de haber estado 12 o 15 días en Pamplona, lo llevaron en una litera a su tierra; en la cual hallándose muy mal, y llamando todos los médicos y cirujanos de muchas partes, juzgaron que la pierna se debía otra vez desconcertar, y ponerse otra vez los huesos en sus lugares, diciendo que por haber sido mal puestos la otra vez, o por se haber desconcertado en el camino, estaban fuera de sus lugares, y así no podía sanar. Y hízose de nuevo esta carnicería; en la cual, así como en todas las otras que antes había pasado y después pasó, nunca habló palabra, ni mostró otra señal de dolor, que apretar mucho los puños.

3. Y iba todavía empeorando, sin poder comer y con los demás accidentes que suelen ser señal de muerte. Y llegando el día de S. Juan, por los médicos tener muy poca confianza de su salud, fue aconsejado que se confesase; y así, recibiendo los sacramentos, la víspera de S. Pedro y S. Paulo, dijeron los médicos que, si hasta la media noche no sentía mejoría, se podía contar por muerto. Solía ser el dicho enfermo devoto de S. Pedro, y así quiso nuestro Señor que aquella misma media noche se comenzase a hallar mejor; y fue tanto creciendo la mejoría, que de ahí a algunos días se juzgó que estaba fuera de peligro de muerte.

4. Y viniendo ya los huesos a soldarse unos con otros, le quedó abajo de la rodilla un hueso encabalgado sobre otro, por lo cual la pierna quedaba más corta; y quedaba allí el hueso tan levantado, que era cosa fea; lo cual él no pudiendo sufrir, porque determinaba seguir el mundo, y juzgaba que aquello le afearía, se informó de los cirujanos si se podía aquello cortar; y ellos dijeron que bien se podía cortar; mas que los dolores serían mayores que todos los que había pasado, por estar aquello ya sano, y ser menester espacio para cortarlo; y todavía él se determinó martirizarse por su propio gusto, aunque su hermano más viejo se espantaba y decía que tal dolor él no se atrevería a sufrir; lo cual el herido sufrió con la sólita paciencia.

5. Y cortada la carne y el hueso que allí sobraba, se atendió a usar de remedios para que la pierna no quedase tan corta, dándole muchas unturas, y extendiéndola con instrumentos continuamente, que muchos días le martirizaban. Mas nuestro Señor le fue dando salud; y se fue hallando tan bueno, que en todo lo demás estaba sano, sino que no podía tenerse bien sobre la pierna, y así le era forzado estar en el lecho. Y porque era muy dado a leer libros mundanos y falsos, que suelen llamar de Caballerías, sintiéndose bueno, pidió que le diesen algunos dellos para pasar el tiempo; mas en aquella casa no se halló ninguno de los que él solía leer, y así le dieron un Vita Cristi y un libro de la vida de los Santos en romance.

6. Por los cuales leyendo muchas veces, algún tanto se aficionaba a lo que allí **hallaba** escrito. Mas dejándolos de leer, algunas veces se paraba a pensar en las cosas que había leído; otras veces en las cosas del mundo que antes solía pensar. Y de muchas cosas vanas que se le ofrecían, una tenía tanto poseído su corazón, que se estaba luego embebido en pensar en ella dos y tres y 4 horas sin sentirlo, imaginando lo que había de hacer en servicio de una **señora**, los medios que tomaría para poder ir a **la tierra donde ella estaba**, los motes, las palabras que le diría, los hechos de armas que haría en su servicio. Y

estaba con esto tan envanecido, que no miraba cuán imposible era poderlo alcanzar; porque la **señora** no era de vulgar **noblez**a: no condesa, ni duquesa, mas era su estado más alto que ninguno destas.

Partiendo de esa fuente, Ribadeneyra construye la siguiente versión de los mismos acontecimientos

*El año, pues, de mil y quinientos y veintiuno, estando los franceses sobre el castillo de Pamplona, que es cabeza del reino de Navarra, y apretando el cerco cada día más, los capitanes que estaban dentro, estando ya sin ninguna esperanza de socorro, trataron de rendirse, y pusiéranlo luego por obra, si Ignacio no se lo estorbara; el cual pudo tanto con sus palabras, que los animó y puso coraje para resistir hasta la muerte al francés. Mas, como los enemigos no aflojasen punto de su cerco, y continuamente con cañones reforzados batiesen el castillo, sucedió que una bala de una pieza dio en aquella parte del muro donde Ignacio valerosamente peleaba, la cual le hirió en la pierna derecha, de manera que se la dejarretó, y casi desmenuzó los huesos de la canilla. Y una piedra del mismo muro, que con la fuerza de la pelota resurtió, también le hirió malamente la pierna izquierda. Derribado por esta manera Ignacio, los demás que con su valor se esforzaban, luego desmayaron; y desconfiados de poderse defender, se dieron a los franceses; los cuales llevaron a Ignacio a sus reales, y sabiendo **quién era** y viéndole tan **mal** parado, movidos de compasión, le hicieron curar con mucho cuidado.*

*Y estando ya algo mejor, le enviaron con mucha cortesía y liberalidad a su casa, donde fue llevado en hombros de hombres, en una litera. Estando ya en su casa, comenzaron las heridas, especialmente la de la pierna derecha, a empeorar. Llamáronse nuevos médicos y cirujanos, los cuales fueron de parecer que la pierna se había otra vez de desencajar; porque los huesos (o por descuido de los primeros cirujanos, o por el movimiento y agitación del camino áspero) estaban fuera de su juntura y lugar, y era necesario volverlos a él y concertarlos para que se soldasen. Hízose así, con grandísimos tormentos y dolores del enfermo. El cual pasó esta carnicería que en él se hizo y todos los demás trabajos que después le sucedieron, con un semblante y con un esfuerzo que ponía admiración. Porque ni mudó color, ni gimió, ni suspiró, ni hubo siquiera un ay, ni dijo palabra que mostrase flaqueza. Crecía el mal más cada día y pasaba tan adelante, que ya poca esperanza se tenía de su vida, y avisáronle de su peligro.*

*Confesóse enteramente de sus pecados la víspera de los gloriosos apóstoles san Pedro y san Pablo, y como caballero cristiano se armó de las verdaderas armas de los otros santos sacramentos, que Jesucristo nuestro Redentor nos dejó para nuestro **remedio** y defensa. Ya parecía que se iba llegando la hora y el punto de su fin; y como los médicos le diesen por muerto si hasta la medianoche de aquel día no hubiese alguna mejoría, fue Dios nuestro Señor servido que en aquel mismo punto la hubiese. La cual creemos que el bienaventurado apóstol san Pedro le alcanzó de nuestro Señor; porque en los tiempos atrás siempre Ignacio le había tenido por particular patrón y abogado, y como a tal le había reverenciado y servido; y así se entiende que le apareció este glorioso apóstol la noche misma de su mayor necesidad, como quien le venía a favorecer y le traía la salud. Librado ya deste peligroso trance, se comenzaron a soldar los huesos y a fortificarse; mas quedábanle todavía dos deformidades en la pierna. La una era de un hueso que le salía debajo de la rodilla feamente. La otra nacía de la misma pierna, que por haberle sacado della veinte pedazos de huesos, quedaba*

corta y contrechada, de suerte que no podía andar, ni tenerse sobre sus pies. Era entonces Ignacio mozo lozano y pulido, y muy amigo de galas y de traerse bien; y tenía **propósito** de llevar adelante los ejercicios de la guerra que había comenzado. Y como para lo uno y para lo otro le pareciese grande estorbo la fealdad y encogimiento de la pierna, queriendo remediar estos inconvenientes, preguntó primero a los cirujanos si se podía cortar sin peligro de la vida aquel hueso que salía con tanta deformidad. Y como le dijese que sí, pero que sería muy a su costa, porque habiéndose de cortar por lo vivo, pasaría el mayor y más agudo dolor que había pasado en toda la cura, no haciendo caso de todo lo que para divertirle se le decía, quiso que le cortasen el hueso, por cumplir con su gusto y apetito. Y (como yo le oí decir) por poder traer una bota muy justa y muy polida, como en aquel tiempo se usaba; ni fue posible sacarle dello, ni persuadirle otra cosa. Quisiéronle atar para hacer este sacrificio y no lo consintió, pareciéndole cosa indigna de su ánimo generoso. Y estúvose con el mismo semblante y constancia, que arriba dijimos, así suelto y desatado, sin menearse, ni boquear, ni dar alguna muestra de flaqueza de corazón. Cortado el hueso, se quitó la fealdad. El encogimiento de la pierna se curó por espacio de muchos días, con muchos **remedios** de unciones y emplastos, y ciertas ruedas e instrumentos con que cada día le atormentaban, estirando y extendiendo poco a poco la pierna y volviéndola a su lugar. Pero por mucho que la desencogieron y estiraron, nunca pudo ser tanto que llegase a ser igual, al justo con la otra. (Vida I, I).

A pesar de las marcadas diferencias existentes entre las dos versiones de los mismos hechos, lo importante es que ambas son, sin embargo, fuentes de donde se nutre la novela, que ya, en el capítulo anterior, nos ha mostrado a don Quijote tendido en el suelo y en un estado semejante ("molido y casi deshecho") al de Iñigo tras la batalla con los franceses. Probablemente con la intención de poner en evidencia la desmesurada versión de la Vida pues, lo que el Relato, exagerando ya un poco la rotura de la pierna, describe como "quebrádosela toda", Ribadeneyra lo traduce como "se la dejarretó, y casi desmenuzó los huesos de la canilla".

Una pierna desjarretada significa que está cortada por el jarrete, o sea, por la corva o parte opuesta a la rodilla, lo cual resulta prácticamente irrecuperable. Pero, para darle un toque aún más sensacionalista, Ribadeneyra añade que la bala "casi desmenuzó los huesos de la canilla", es decir, casi hizo trocitos "cualquiera de los huesos largos de la pierna...y especialmente la tibia".

Si no fuera por el "casi", el cuadro clínico presentado por Ribadeneyra jamás permitiría a Iñigo caminar a dos pies, pero el "casi" parece lo suficientemente amplio como para que el 'desmenuzamiento' de los huesos se quede en una rotura que sí permite, aunque deje secuelas, caminar con las dos piernas.

El siguiente cuadro comparativo nos da una primera idea de las diferencias informativas entre el Relato, la Vida y la novela pues, aunque todavía ignoramos el lugar de la herida de don Quijote, recordemos que en el capítulo anterior quedó molido y casi deshecho

RELATO	VIDA	QUIJOTE
le acertó a él una bomba en una pierna, <u>quebrádosela</u> toda; y porque la pelota pasó por entrambas las piernas, también la otra fue mal	<i>una bala de una pieza dio en aquella parte del muro donde Ignacio valerosamente peleaba, la cual le hirió en la pierna derecha, de manera que se</i>	El cual, después que se vio solo, tornó a probar si podía levantarse; pero si no lo pudo hacer cuando sano y bueno, <u>¿cómo lo haría molido y casi deshecho?</u>

herida	<u>la dejarretó, y casi desmenuzó los huesos de la canilla</u>	
--------	--	--

Don Quijote se encuentra, pues, en una situación paralela a la de Iñigo, tendido, aparentemente herido y sin poder menearse. De no ser por el “casi”, tampoco podría levantarse jamás, pues si estuviera ‘deshecho’, su cuerpo, o su pierna, habrían “perdido su primera forma”<sup>843</sup>

Viendo, pues, que, en efeto, no podía menearse, acordó de acogerse a su ordinario **remedio**, que era pensar en algún paso de sus libros, y trújole su locura a la memoria aquel de Valdovinos y del marqués de Mantua, cuando Carloto le dejó herido en la montiña, historia sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y aun creída de los viejos, y, con todo esto, no más verdadera que los milagros de Mahoma. Esta, pues, le pareció a él que le venía de molde para el paso en que se hallaba, y así, con **muestras** de grande sentimiento, se comenzó a volcar por la tierra y a decir con debilitado aliento lo mismo que dicen decía el herido caballero del bosque:

-¿Dónde estás, señora mía,  
que no te duele mi mal?  
O no lo sabes, señora,  
o eres falsa y desleal.

Y desta manera fue prosiguiendo el romance, hasta aquellos versos que dicen:

-¡Oh noble marqués de Mantua,  
mi tío y señor carnal!

Confirmando la situación expuesta al final del capítulo cuatro, lo primero que hace el narrador es insistir en la inmovilidad de don Quijote. Para ello utiliza otra exagerada expresión (“no podía menearse”) casi idéntica a la utilizada en la Vida

*por haberle sacado de ella veinte pedazos de huesos, quedaba corta y contrechada, de suerte que no podía andar, ni tenerse sobre sus pies [...] Y estúvose con el mismo semblante y constancia, que arriba dijimos, así suelto y desatado, sin menearse, ni boquear, ni dar alguna muestra de flaqueza de corazón.*

El narrador de la novela ha fundido dos verbos, referidos a la situación física de Iñigo, en una expresión con la que nos presenta a don Quijote en estado semejante, pues queda claro que ninguno de los dos puede no solo andar “*ni tenerse sobre sus pies*”, sino ni siquiera moverse o ‘menearse’

VIDA	QUIJOTE
<u>no podía [...] menearse</u>	<u>no podía menearse</u>

En su afán propagandístico, Ribadeneyra distorsiona la información del Relato<sup>844</sup> y nos presenta a un superhéroe que, a pesar de los fuertes dolores padecidos, ni se mueve, ni abre la boca, ni da muestra alguna de debilidad (“*flaqueza de corazón*”).

Una visión épica, libresca, con la que acomoda la situación de Iñigo a la de los caballeros andantes y, más concretamente, a la ya mencionada orden de los *Caballeros de la Banda*, a la que pertenecía la familia de Iñigo y en la que se ponderan, como en los

<sup>843</sup> Covarrubias, *Tesoro*, o.c.,

<sup>844</sup> “Y hízose de nuevo esta carnicería; en la cual, así como en todas las otras que antes había pasado y después pasó, nunca habló palabra, ni mostró otra señal de dolor, que apretar mucho los puños”.

libros de caballerías, actitudes como hablar poco, no quejarse de heridas ni presumir de hazañas, etc.

Ya vimos que García Villoslada “ha llamado la atención sobre la semejanza de algunos comportamientos y actitudes propias de Ignacio con aquellas que proponen las reglas de los caballeros de la Banda”<sup>845</sup>, de forma que puede corroborarse que Iñigo, antes de convertirse en Ignacio ya imita fervientemente a sus héroes caballerescos, libresco, y a los de la Banda, con cuyas reglas cumple rigurosamente mientras es atendido por los cirujanos que le intervienen la pierna ‘*desjarretada*’.

¿Cómo resuelve Iñigo la difícil situación en que se encuentra? Pues “apretando los puños” y no dando “*alguna muestra de flaqueza de corazón*”, cumpliendo rigurosamente los preceptos de sus héroes o, dicho de otro modo, acogiéndose a pensar, como don Quijote, "en algún paso de sus libros"

RELATO	VIDA	QUIJOTE
sino que <b>no podía</b> tenerse bien sobre la pierna, y así le era forzado estar en el lecho. Y porque era muy dado a leer <b>libros</b> mundanos y falsos, que suelen llamar de Caballerías	<i>Era en este tiempo muy curioso, y amigo de leer <b>libros de caballerías</b>, y para pasar el tiempo que con la cama y enfermedad se le hacía largo y enfadoso, pidió que le trujesen <b>algún libro de esta vanidad</b></i>	Viendo, pues, que, en efeto, no podía menearse, acordó de acogerse a su ordinario remedio, que era pensar <u>en algún paso de sus libros</u>

También el Relato informa sobre el estado de inmovilidad de Iñigo, y lo hace utilizando la misma expresión (“no podía”) asociada al recurso evasivo de los libros, de forma que puede decirse que Cervantes, amalgamando las dos fuentes, nos sitúa en el escenario de los hechos para iniciar, con la doble información, una desenfadada y estrambótica alegoría sobre Iñigo durante su estancia, convaleciente, en la casa-torre. Sabemos que él resolvió algunas situaciones imitando a sus héroes favoritos, lo mismo que don Quijote ha decidido hacer ahora mientras permanece incapaz de menearse, acogerse "en algún paso de sus libros".

Según el narrador, su locura, en este caso, le trajo “a la memoria” uno que “le venía de molde para el paso en que se hallaba”, concretamente “aquel de Valdovinos y del Marqués de Mantua, cuando Carloto le dejó herido en la montaña”, un romance en el que Valdovinos narra en primera persona cómo Carloto requirió de amores a su esposa y, al ser rechazado, se vengó de ella hiriendo a Valdovinos por la espalda, “pensando que por mi muerte / con ella había de casarse”<sup>846</sup>.

Pero don Quijote ni está casado, ni Dulcinea fue requerida de amores por el mozo de mulas, ni él ha sido herido por la espalda, ni teme por su vida. Salvo que se encuentra maltrecho en el suelo, no se aprecian coincidencias significativas entre su ‘paso’ y el de Valdovinos, básicamente porque todo es un ardid, un trampantojo para hacernos creer que, en sus desvaríos, vuelve a errar acogiéndose a motivos literarios que poco, o nada, tienen que ver con sus actual situación.

Sin embargo, por el lecho oculto de la novela, sí fluye el trasfondo ignaciano, una serie de circunstancias que, simbólicamente, mantienen ciertos paralelismos semánticos con la historia de Iñigo. Si a ello unimos los agarres formales procedentes de las fuentes e

<sup>845</sup> García Mateo 1989: 122.

<sup>846</sup> Silva de Romances. Del Marqués de Mantua. F. 33 b. Bowle 1781.

insertados por Cervantes en el texto para confirmarnos su intencionalidad, podemos concluir que en las palabras de don Quijote no hay tanto desvarío como a simple vista parece.

En efecto, puede establecerse una sutil y metafórica asociación de ideas entre los pensamientos atribuidos por el narrador a don Quijote (“trújole su locura a la memoria, aquel de Valdovinos y del marqués de Mantua, cuando Carloto le dejó herido en la montiña”) y los sucesos ya conocidos del capítulo primero del Relato, pues Iñigo fue herido en la fortaleza de Pamplona ("en la montiña") por miembros del ejército francés, personificados en Carloto, hijo del emperador Carlomagno.

Esa idea, tan genérica e inconsistente, aparece inmediatamente reforzada por la utilización del verbo ‘traer’ en la misma e inusual forma en que aparece en el fragmento núcleo de esta parodia, el referido al momento en que Iñigo, inmóvil en el lecho, pide libros de caballerías para entretenerse

<b>VIDA</b>	<b>QUIJOTE</b>
- <i>pidió que <b>le trujesen</b> algún libro de esta vanidad</i> - <i><b>Trujéronle</b> dos libros</i>	y <b>trújole</b> su locura a la memoria aquel de Valdovinos y del marqués de Mantua

Al margen del referente inicial que da entrada, de forma general o específica, a la literatura como nutriente básico de ambos protagonistas, don Quijote también se identifica con Valdovinos porque, como él, y como Iñigo, se encuentra ‘herido’

<b>RELATO</b>	<b>VIDA</b>	<b>QUIJOTE</b>
trataron muy bien al <b>herido</b> , tratándolo cortés y amigablemente	- <i>Estando ya en su casa, comenzaron las <b>heridas</b>, especialmente la de la pierna derecha, a empeorar</i> - <i>Estábase todavía nuestro Ignacio tendido en una cama, <b>herido de Dios</b></i>	cuando <u>Carloto le dejó <b>herido</b> en la montiña</u>

Da la sensación de que es Cervantes quien, buscando un pasaje caballeresco, encontró en su memoria uno que le servía para acoplar muy liberalmente la historia de don Quijote a la de Iñigo, para organizar un refrío literario que permitiera discurrir a la novela por su doble vía exterior e interna.

A pesar de haber sido apaleado en la llanura manchega, o sea, no herido por la espalda ni en la montaña, la situación de don Quijote mantiene ciertas concomitancias con el momento histórico de Iñigo que ahora está imitando, el de un hombre herido en las piernas por un francés.

Y el narrador añade: “**historia sabida** de los **niños**, no ignorada de los mozos, celebrada y aun creída de los viejos, y, con todo esto, no más verdadera que los milagros de Mahoma”.

Refiriéndose a los hechos del romance, el narrador los califica como de ‘historia totalmente falsa’, pero lo hace de tal forma que, bajo una apariencia jocosa, denuncia amargamente el saber de su época, basado, desde la cuna a la tumba, no en verdades históricas, sino en leyendas como las del marqués de Mantua, los milagros de Mahoma o los de Ribadeneyra, de quien ya hemos comentado aquella milagrosa mejoría que al

punto, al instante, recibió Iñigo encontrándose gravemente enfermo: “*La cual creemos que el bienaventurado apóstol san Pedro le alcanzó de nuestro Señor*” (Vida I, I).

¿No es esa una de las historias celebradas, y aun creída de los viejos, pero que, con el Relato en la mano, resulta totalmente falsa? ¿Y la otra, y no menos falsa, leyenda del gran estallido y temblor del aposento?

Debe suponerse que estos milagros, estas barrocas ficciones y otras muchas existentes en la Vida y demás libros religiosos, eran vox populi en los colegios, púlpitos y confesionarios de la Compañía y restantes órdenes religiosas, incluso en las universidades, razón por la que Cervantes pone en boca del narrador la frase que, precedida por la palabra “historia”, nos habla de la capacidad del ser humano para creer, en cualquier edad, las cosas más inverosímiles.

Es, precisamente, la etapa de la madurez, el final de la vida sintetizada en tres tramos (“historia sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y aun creída de los viejos, y, con todo esto, no más verdadera que los milagros de Mahoma”) sobre la que recae el desalentador “aun” que distingue entre ‘celebrar’ una cosa y ‘creerla’, entre la ingenuidad e inocencia del niño, e incluso del mozo, y la idiotez de quienes ya maduros siguen creyendo en “los milagros de Mahoma”, o en los de la Compañía.

Qué interesada ceguera la de la crítica pavoneándose durante tantos años de un Cervantes tan ultracatólico que se mofaba de los milagros de Mahoma, pero no de los otros, como si los que ellos ‘celebran y creen’, fueran ‘buenos’ y los demás malos. Solo los integristas saben ofender a quienes intentan, como ellos, arrogarse el monopolio de la verdad teológica<sup>847</sup>, por eso Cervantes, recurriendo al mismo desprecio que la ortodoxia católica utiliza contra todo lo relacionado con la religión mahometana, evoca aquí, como increíbles, los milagros de Mahoma, los únicos que entonces podían ridiculizarse, pero dentro de un contexto y al lado de un pequeño referente que, para quienes han admitido a esta alturas el lenguaje profundo de la novela, saben que pone en tela de juicio tanto los milagros “de los judíos y cristianos como también de los musulmanes”<sup>848</sup>.

Como complemento, las últimas palabras del narrador parecen evocar otro ya conocido fragmento de la Vida, la declaración de principios hecha por Ribadeneyra al inicio del libro y que, dadas las promesas de verdad con las que se compromete, guarda mucha relación con los milagros arriba comentados

*Y porque la primera regla de la buena **historia** es, que se guarde verdad en ella, ante todas cosas protesto, que no diré aquí cosas inciertas y dudosas, sino muy **sabidas**, y averiguadas. Contaré lo que yo mismo oí, vi y toqué con las manos en nuestro B. P. Ignacio, a cuyos pechos me crié desde mi **niñez** y tierna edad. (Vida, A los hermanos).*

¿Pertenece los anteriores milagros a las cosas “muy sabidas, y averiguadas”? Da la sensación de que los tres referentes escogidos por el narrador (“**historia sabida** de los **niños**”) tienen como objetivo relacionar el milagro de la ‘cura al punto’, o el del ‘terremoto’, con esta declaración de principios: “no diré aquí cosas inciertas y dudosas”.

Con pedagogía inusitada, Cervantes sigue revelándonos paso a paso las argucias y artimañas de Ribadeneyra para embaucar a los ingenuos lectores. Nunca la función social y combativa de la literatura había alcanzado cotas tan altas de ingenio y osadía para burlar, con sus mismas armas, a un poder ominoso y soberbio que utilizaba los libros como uno de los recursos más audaces e innovadores para amedrentar y manipular a la gente.

<sup>847</sup> “la monstruosa secta de su falso profeta Mahoma” (Vida I, XVIII).

<sup>848</sup> Parr 2009: 944.



Pero sigamos, tras el paréntesis sobre la veracidad de los milagros, con el discurso del narrador, pues según él, a don Quijote, la historia de Carloto “herido en la montiña”, “le venía de molde para el paso en que se hallaba”; ha encontrado el artificio perfecto, un romance histórico “que le venía de molde para el paso en que se hallaba, y así, con **muestras** de grande sentimiento, se comenzó a volcar por la tierra y a decir con debilitado aliento lo mismo que dicen decía el herido caballero del bosque”.

De nuevo don Quijote no es él, sino el intérprete de una leyenda que acomoda a su situación, por eso, las muestras de “grande sentimiento” o el hecho de que, a pesar de no poder “menearse”, ahora se comience “a volcar por la tierra y a decir con debilitado aliento lo mismo que dicen decía el herido caballero del bosque”, debe entenderse como parte de una representación sobre el contenido de los hechos narrados en el romance, aunque sin tenerlos demasiado en cuenta pues, como sugiere la expresión “dicen decía”, son leyendas desvirtuadas por el paso del tiempo y un boca a boca anónimo y de transmisión incierta, tan poco convincente como las anécdotas que entonces circulaban sobre el terremoto de Iñigo y otras circunstancias anteriores y posteriores a la herida.

Nos encontramos, pues, según el narrador, ante un intérprete capaz de dar muestras de grandes sentimientos, de representar el “debilitado<sup>849</sup> aliento<sup>850</sup>” del “herido<sup>851</sup> caballero del bosque”, pura chanza encaminada a personificar en don Quijote cuantas cualidades y sensiblerías atribuye, según puede comprobarse en las anteriores notas, Ribadeneyra a Loyola.

Cervantes utiliza cualquier texto de la tradición, lo acomoda para poder expresar solapadamente lo que desea, tal como ocurre con el fragmento del romance que, con debilitado aliento, cual melifluo poeta de los criticados en el Viaje del Parnaso, recita don Quijote

-¿Dónde estás señora mía  
que no te duele mi mal?  
O no lo sabes señora,  
O eres falsa, y desleal.

Los dos primeros versos expresan, a través de una pregunta retórica, la queja de don Quijote ante la ausencia de su señora, con la que no puede, al no estar presente en este momento de tribulación, compartir su dolor.

Los otros dos ofrecen una doble respuesta a dicha interrogación: o la señora no acude al lugar donde yace el amado porque ignora su situación adversa o, conociéndola, lo desaira con su ausencia, dando muestras de falsedad y deslealtad.

La crítica duda de la autenticidad de estos versos pues, al parecer, “no proceden directamente del romance antiguo”, y “los versos tercero y cuarto no aparecen en el romance viejo original”<sup>852</sup>, tal vez porque Cervantes utiliza el trasfondo literario tradicional como un decorado para que don Quijote interprete “el paso” que ahora le viene de molde: el momento de la caída y vuelta de Iñigo a casa, cuando los recuerdos mundanos todavía priman sobre los nuevos motivos religiosos que terminarán acaparando su imaginación.

---

<sup>849</sup> “Y así, aunque era hombre robusto y de grandes fuerzas, a pocos días se enflaqueció y marchitó la fuerza de su antiguo vigor y valentía, y quedó muy **debilitado** con el rigor de tan áspera penitencia” (Vida I, V)

<sup>850</sup> “iba cobrando fuerzas y **aliento** para pelear y luchar de veras” (Vida I, II)

<sup>851</sup> “como venado sediento y tocado ya de la yerba, buscaba con ansia las fuentes de aguas vivas, y corría en pos del cazador que le había **herido** con las saetas de su amor” (Vida I, II)

<sup>852</sup> Quijote 1998: 6: 71.

Antes de que eso ocurra, mientras Iñigo yace en la cama sin poder menearse a causa de las operaciones de la pierna, se pasaba tres y cuatro horas soñando con la señora de sus pensamientos

algunas veces se paraba a pensar en las cosas que había leído; otras veces en las cosas del mundo que antes solía pensar. Y de muchas cosas vanas que se le ofrecían, una tenía tanto poseído su corazón, que se estaba luego embebido en pensar en ella dos y tres y 4 horas sin sentirlo, imaginando lo que había de hacer en servicio de una señora, los medios que tomaría para poder ir a la tierra donde ella estaba, los motes, las palabras que le diría, los hechos de armas que haría en su servicio. Y estaba con esto tan envanecido, que no miraba cuán imposible era poderlo alcanzar; porque la señora no era de vulgar nobleza: no condesa, ni duquesa, mas era su estado más alto que ninguno destas.

Pero ¿ella lo sabía? ¿Conocía la princesa Catalina de Austria el amor platónico de Iñigo? ¿Tuvo noticias de la herida de Pamplona? Entonces, muy probablemente, no.

Pues bien, si comparamos las circunstancias de Iñigo, las del caballero herido en la fortaleza que ahora yace tendido en el lecho soñando con una señora que no solo ignora su amor, sino que desconoce su reciente desgracia, con las de don Quijote, vemos que son prácticamente las mismas, porque también él, tendido en el suelo e incapaz de moverse sueña, como sabemos, con una señora que ignora su amor y el estado en que se encuentra.

Y, además, en esas mismas circunstancias, herido y sin poder menearse, don Quijote se acoge al remedio de Iñigo, soñar con la señora de sus pensamientos, recitar, “con debilitado aliento”, los mismos versos que, en sus ensueños, podría recitar Iñigo evocando a Catalina, soñando con que escuchara sus deseos, con que apareciera a su lado, etc. Hasta el Relato, si releemos el fragmento, parece imbuido del tono de embelesamiento, de amor cortés, trasladado por Cervantes a la escena del caballero.

### **QUIÉN ERA Y QUÉ MAL SENTÍA**

En tal situación de incapacidad y ensueños, tirado en medio del camino, encuentra un vecino a don Quijote

acertó a pasar por allí un labrador de su mismo lugar y vecino suyo, que venía de llevar una carga de trigo al molino; el cual, viendo aquel hombre allí tendido, se llegó a él y le preguntó que quién era y qué mal sentía, que tan tristemente se quejaba. Don Quijote creyó sin duda que aquel era el marqués de Mantua, su tío, y, así, no le respondió otra cosa sino fue proseguir en su romance, donde le daba cuenta de su desgracia y de los amores del hijo del Emperante con su esposa, todo de la misma manera que el romance lo canta.

Tendido en el suelo y recitando un romance, don Quijote tiene la suerte de que un labrador, vecino suyo, pasa por allí y, sin saber quién es, se acerca a socorrerle.

En muchas ocasiones se ha señalado la similitud entre este caritativo auxilio y el pasaje bíblico del buen samaritano, fundamentalmente porque el labrador se acerca a ciegas, ignorando el nombre de la persona, detalle que pone, además, en relación el suceso con la continuación del episodio de Iñigo tras la caída en combate, porque la compasiva escena del labrador que encuentra a un hombre en el suelo, se acerca a él y, antes de reconocerlo, pregunta “quién era y qué mal sentía”, es una representación simbólica del comportamiento de los franceses cuando, tras la rendición, entran en la fortaleza y encuentran a Iñigo en similares circunstancias

Y así, cayendo él, los de la fortaleza se rindieron luego a los franceses, los cuales, después de haber apoderado della, trataron muy bien al herido, tratándolo cortés y amigablemente (R, 2).

Hallan al herido y, sin reconocerlo, le tratan muy bien, prácticamente lo mismo que el vecino de don Quijote.

Pero estas coincidencias temáticas resultarían endebles si no existiera otro detalle que, además de garantizar la intencionalidad paródica, cohesiona el conjunto y lo integra en el propósito último de denuncia subyacente en todo el informe-novela. La pista, cómo no, la aporta Ribadeneira al presentar su versión sobre los mismos hechos del Relato

*Derribado por esta manera Ignacio, los demás que con su valor se esforzaban, luego desmayaron; y desconfiados de poderse defender, se dieron a los franceses; **los cuales** llevaron a Ignacio a sus reales, y sabiendo **quién era y viéndole tan mal parado**, movidos de compasión, le hicieron curar con mucho cuidado.*

Al margen de la exaltación del valor y del absoluto protagonismo de líder carismático dispensada a Iñigo, la versión de Ribadeneira es que los franceses entran en la fortaleza, se llevan al herido, lo identifican, curan y tratan con mucho cuidado.

Hay una clara diferencia entre la información del Relato, donde Iñigo no llega a ser reconocido como ‘personaje’ por los franceses, y esta de la Vida, donde enseguida saben quién es y le tratan como alguien ‘importante’.

Cervantes lo subraya con varios referentes. En primer lugar, tanto en el Relato como en la Vida, el sujeto plural, los franceses, aparece sustituido por el relativo plural (“los cuales”), razón por la que Cervantes, habiendo simbolizado la parodia en un solo hombre, utiliza como sujeto el mismo relativo pero en singular (“el cual”).

En segundo lugar, tanto en la Vida como en la novela se repite el gerundio del verbo ‘ver’ para describir el momento en el que los franceses encuentran a Iñigo tirado en el suelo (“**viéndole tan mal parado**”) tal como el labrador encuentra a don Quijote (“**viendo** aquel hombre allí tendido [...] qué **mal** sentía”).

La analogía aparece reforzada por la presencia, en ambos textos, del vocablo ‘mal’ con la acepción de ‘enfermedad o dolencia’.

Por último, el referente más indiscutible es la forma casi idéntica en la que el vecino de don Quijote intenta identificarle (“se llegó a él y le preguntó que **quién era y**”), un juego de palabras basado en la frase de la Vida (“**quién era y**”), otro pretexto para remarcar la diferencia informativa de las fuentes, para estimular la comparación y denunciar las múltiples formas utilizadas por Ribadeneira para manipular la verdad histórica.

Veamos en el cuadro comparativo las mencionadas coincidencias

RELATO	VIDA	QUIJOTE
<b>los cuales</b> , después de se haber apoderado della	<b>los cuales</b> llevaron a Ignacio a sus reales	<b>el cual</b> , viendo aquel hombre allí tendido
	<b>viéndole tan mal parado</b>	<b>viendo</b> aquel hombre allí tendido
	<b>quién era y viéndole tan mal parado</b>	<b>quién era y</b> qué <b>mal</b> sentía

El conjunto de estos referentes sirve de guía, de llamada de atención contra la manipulación que, por cualquier motivo, realiza Ribadeneira, en este caso acrecentar la fama heroica del desconocido Iñigo incluso más allá de las fronteras, cimentar, desde el inicio de la biografía, el artificioso monumento hagiográfico que constituye la Vida.

De la importancia del dato dan cuenta las reveladoras y recientes opiniones de algunos historiadores de la Compañía referidas al episodio del cerco de Pamplona.

Hasta mediados del siglo XX, cuando la única información accesible era la Vida y todos sus derivados, la estampa monolítica fue la del valeroso guerrero, plantado en el muro de la fortaleza, manteniendo a raya a los franceses y elevando el ánimo de sus compañeros, hasta el punto de que cuando él cayó herido, la fortaleza se rindió.

A esa visión de aquel momento histórico, contribuyen, sin duda, la precisa información del Relato, tal vez un poco jactanciosa (narrado, no olvidemos, pocos meses antes de la muerte de Loyola), y la posterior inflación de la Vida.

Pero en 1989, el jesuita Luis Fernández Martín, ya ofrece la opción de considerar el “luego” del Relato (“cayendo él, los de la fortaleza se rindieron luego a los franceses”), no como un inmediato después, sino como una expresión que “querría decir: <<tres o cuatro días después de la herida de Iñigo, faltos del ejemplo de su valor y del estímulo de su palabra, se rindieron a los franceses.>>”<sup>853</sup>

O sea, manteniendo “la hipótesis de que la herida de Iñigo pudo acaecer el día 20 de mayo [...] no podría simultanearse la rendición con la herida porque los documentos que vamos a aportar sitúan ciertamente la rendición el 23 o mejor el 24 de mayo. [...] Con esta serie de testimonios, si se mantiene la fecha del 20 de mayo para la herida de Iñigo no nos queda más remedio que descartar la narración de los modernos biógrafos que pintan a Iñigo, con la espada desenvainada, esperando al enemigo en la brecha abierta en el muro de la fortaleza por las descargas de los grandes cañones. Cuando se abrió la brecha del muro, llevaba Iñigo tres días sufriendo los tremendos dolores de su pierna deshecha, resguardado en algún oscuro rincón del sótano del castillo”<sup>854</sup>.

No “nos queda más remedio”, dice el perspicaz, honesto y decepcionado analista, que descartar ciertas estampas modernas; Fernández S. J. propone otra interpretación no solo distinta a la de la Vida y su larguísima parentela, ¡sino del mismísimo Relato!, de forma que la leyenda del héroe de Pamplona debe desinflarse un poco, observarse con la misma cautela con que los lectores de la novela escuchamos, sorprendidos, la fantástica y caballeresca versión ofrecida por don Quijote sobre una derrota que él está ajustando a la “manera que el romance lo canta”, transformando en leyenda una vulgar paliza.

### AQUELLOS DISPARATES

El samaritano labrador comprende, antes de reconocerle, el estado delirante en que se encuentra don Quijote, e inicia labores de primeros auxilios

El labrador estaba admirado, oyendo aquellos disparates; y quitándole la visera, que ya estaba hecha pedazos de los palos, le limpió el rostro, que le tenía cubierto de polvo. Y apenas le hubo limpiado, cuando le conoció, y le dijo

Mientras realiza tareas de socorro, el labrador se admira de que don Quijote prosiga adaptando su situación a la leyenda, tal vez porque Iñigo también causaba admiración por su anómala actitud mientras le practicaban dolorosas curas en las piernas

*El cual pasó esta carnicería que en él se hizo y todos los demás trabajos que después le sucedieron, con un semblante y con un esfuerzo que ponía admiración.*

Los dos heridos viven una especie de locura transitoria, de esfuerzo por parecer que ni sienten ni padecen el doloroso trance en que se encuentran, algo que, lógicamente, provoca admiración entre quienes les rodean

<b>VIDA</b>	<b>QUIJOTE</b>
<i>con un esfuerzo que ponía admiración</i>	El labrador estaba <b>admirado</b>

<sup>853</sup> Fernández Martín 1989: 93.

<sup>854</sup> Ibídem 96-98.

Tirado en el suelo tras la caída del caballo, don Quijote es atendido por el labrador (“le limpió el rostro, que le tenía cubierto de polvo”) de forma similar a como debieron hacer los franceses al encontrar a Iñigo herido en el suelo pues, según Ribadeneyra, la bomba causante de las heridas impactó y deshizo parte del muro de la fortaleza, levantando, se supone, bastante polvo

*sucedió que una bala de una pieza dio en aquella parte del muro donde Ignacio valerosamente peleaba, la cual le hirió en la pierna derecha, de manera que se la desjarretó, y casi desmenuzó los huesos de la canilla. Y una piedra del mismo muro, que con la fuerza de la pelota resurtió, también le hirió malamente la pierna izquierda.*

Solo después de limpiarle el rostro, el labrador reconoce a su vecino

-Señor Quijana –que así se debía de llamar cuando él tenía juicio y no había pasado de hidalgo sosegado a caballero andante-, ¿quién ha puesto a vuestra merced **de esta suerte?**

La innecesaria aclaración del narrador en torno al nombre parece una sutil advertencia sobre la situación paródica, sobre el momento en que Iñigo no era todavía Ignacio, no había pasado de hidalgo convaleciente, sosegado, a caballero peregrino, o andante. Por eso, durante el tiempo en que el labrador cumpla funciones de interlocutor y asistente, no existirá don Quijote, sino solo el señor Quijana, el empedernido lector en trance de volverse loco.

La narración ha retrocedido en el tiempo, el personaje se encuentra ahora en el mismo período de transición que en los inicios del capítulo primero, cuando la imitación de los héroes más admirados ocupó la falta de personalidad propia.

Una especie, según la crítica, de segunda locura, o tal vez de prelocura, en la que don Quijote se “identifica sucesivamente con una serie de figuras procedentes de la tradición literaria, empezando por Valdovinos y acabando, sobre todo, por Reinaldos de Montalbán”<sup>855</sup>.

Menéndez Pidal achaca esta falta de personalidad de don Quijote, "figurándose una vez ser Valdovinos herido, creyéndose en seguida Albindarráez prisionero, y siendo después Reinaldos indignado contra don Roldán", a que Cervantes no "ideó a su protagonista dentro de un plan bien definido desde el comienzo, sino en una visión sintética algo confusa. Solo durante el desarrollo de la obra va, con lentos tanteos a veces, desentrañando y llamando a vida toda la compleja grandeza". Y concluye, que hasta el capítulo 7, cuando entra en escena Sancho, no "acaban estas alucinaciones de impersonalismo"<sup>856</sup>.

Al no encontrar respuestas a sus dudas, el vanidoso investigador, pavoneándose de haber captado el fallo y siguiendo la fecunda y tradicional estela de cervantistas anticervantes, desacredita al autor cuando, precisamente, más brilla su genio, su increíble capacidad para transmitir al personaje, valiéndose de recursos literarios, las mismas inseguridades que, según el Relato, muestra Iñigo durante la convalecencia, cuando la “germinación delirante”<sup>857</sup> hizo “eclosión en forma de un vasto repertorio de falsas identificaciones”<sup>858</sup> con santo Domingo o san Francisco.

Por esa época, entre los tres meses transcurridos desde el momento de la herida (20-5-1521) y el momento en que Iñigo pidió libros de caballería y le entregaron libros piadosos (agosto 1521) ¿no andaría elucubrando con amadisés, esplandianes y

---

<sup>855</sup> MacCurdy-Rodríguez 1978:1.

<sup>856</sup> Menéndez 1973: 29

<sup>857</sup> Alonso-Fernández 2005: 45.

<sup>858</sup> Alonso-Fernández 2005: 45.

princesas? ¿No es él mismo quien recuerda en el Relato las dos, tres y cuatro horas que pasaba embebido “imaginando lo que había de hacer en servicio de una señora, los medios que tomaría para poder ir a la tierra donde ella estaba, los motes, las palabras que le diría, los hechos de armas que haría en su servicio”?

Igual que Quijana antes de convertirse en don Quijote, Iñigo, antes de convertirse en Ignacio, debió también identificarse con Amadís o con Reinaldos de Montalbán, debió vivir sumido en un aparente proceso de pérdidas de personalidad, o de asunción de personalidades sucesivas. Sus ensueños así lo indican y, en consecuencia, podrían considerarse esos momentos como su primera locura, “expresada en la identificación del sujeto con otro ser determinado [...] que en nuestros días se representa, casi gráficamente, en la identificación napoleónica”<sup>859</sup>.

Pero tanto Iñigo como Quijana sufren una segunda locura consistente en crear de sí mismos, de esas personalidades sucesivas, una definitiva que podría considerarse “como la primera y más importante de toda una larga serie de transformaciones volitivas de la realidad” y que dieron lugar, en Iñigo, a un flamante aprendiz de santo y, en Quijana, a “un flamante caballero andante”<sup>860</sup>.

Que la parodia gira en torno a esos momentos previos a la ‘conversión’, lo ratifica otro referente (“de esta suerte”) que remite al fragmento de la Vida donde se explica la situación de Iñigo después de ser herido y atendido por los franceses

*que por haberle sacado de ella veinte pedazos de huesos, quedaba corta y contrechada, **de suerte** que no podía andar, ni tenerse sobre sus pies.*

La pregunta realizada por el labrador (“¿quién ha puesto a vuestra merced **de esta suerte**?”) se refiere a la situación de incapacidad física en la que se encuentra, prácticamente la misma que la de Iñigo

VIDA	QUIJOTE
<i>de suerte que no podía andar, ni tenerse sobre sus pies</i>	¿quién ha puesto a vuestra merced <b>de esta suerte</b> ?

Iñigo ni “*podía andar, ni tenerse sobre sus pies*”, pero ¿cómo quedó Quijana? ¿Cómo lo encuentra su vecino?

## NI SANGRE NI SEÑAL

Pero él seguía con su romance a cuanto le preguntaba. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo, le quitó el peto, y espaldar, para ver si tenía alguna herida; pero no vio sangre ni señal alguna. Procuró levantarle del suelo, y no con poco trabajo, le subió sobre su jumento por parecerle caballería más sosegada. Recogió las armas, hasta las astillas de la lanza, y liólas sobre Rocinante, al cual tomó de la rienda, y del cabestro al asno, y se encaminó hacia su pueblo, bien pensativo de oír los disparates que don Quijote decía; y no menos iba don Quijote, que de puro molido, y quebrantado **no se podía tener sobre** el borrico y de cuando en cuando daba unos suspiros, que los ponía en el cielo, de modo que de nuevo obligó a que el labrador le preguntase le dijese qué mal sentía; y no parece sino que el diablo le traía a la memoria los cuentos acomodados a sus sucesos, porque en aquel punto, olvidándose de Valdovinos, se acordó del moro Abindarráez, cuando el alcalde de Anquequera, Rodrigo de Narváez, le prendió y llevó cautivo a su alcaidia.

<sup>859</sup> MacCurdy-Rodríguez 1978: 1-2.

<sup>860</sup> *Ibíd.*

Con mucho cuidado, o “lo mejor que pudo”, el labrador, cumpliendo las funciones de primeros auxilios realizadas por los franceses, comprueba que, aunque su vecino no tiene heridas, ni sangre, ni señal alguna en el pecho ni en la espalda, no puede levantarse; su comportamiento es el de un inválido (recordemos que no puede menearse) y el labrador se ve obligado a subirlo ("no con poco trabajo") sobre el jumento "por parecerle caballería más sosegada".

Da la sensación de que el señor Quijana se encuentra herido en las piernas, de ahí que le convenga un transporte más cómodo, una clarísima alusión a la forma más adecuada, la litera, en la que Iñigo fue transportado a su casa (“lo llevaron en una litera a su tierra”).

Una vez instalado en el jumento, el labrador prosigue su piadosa tarea recogiendo del suelo las armas y encaminándose hacia el pueblo: “Recogió las armas, hasta las astillas de la lanza, y liólas sobre Rocinante, al cual tomó de la rienda, y del cabestro al asno, y se encaminó hacia su pueblo”.

La imagen del labrador llevando, en una mano, la rienda de Rocinante y, en la otra, el cabestro del asno sobre el que va acomodado el herido, es una transposición genial, una recreación libre y sugerente de la dos varas características de la litera en que Iñigo fue transportado.

Hay, además, otra referencia al asunto de las piernas, pues el señor Quijana va “**quebrantado**”, verbo sinónimo al utilizado por Gonçalves ("le acertó a él una bombardita en una pierna, **quebrándosela** toda") para explicar la lesión de Iñigo en las piernas. Pero la mayor analogía, el referente incuestionable que subraya el sentido imitativo del trasfondo latente, se encuentra, como indican las fuentes, en la frase final, en la incapacidad de ambos personajes para sostenerse

RELATO	VIDA	QUIJOTE
<u>no podía tenerse bien sobre</u> la pierna	<i><u>de suerte que no podía andar, ni tenerse sobre sus pies</u></i>	de puro molido, y quebrantado <u>no se podía tener sobre</u> el borrico

Quijana, tendido en el suelo, logra, gracias al esfuerzo del labrador, subir al jumento pero, según él mismo confirma, no va bien, no puede tenerse sobre el borrico, ¿por qué? Porque la herida que le impedía levantarse del suelo, al no encontrarse en la cabeza, ni en el pecho, ni en la espalda, debe estar en las piernas, como ratifica el hecho de que no pueda tenerse sobre el borrico.

Aunque no se especifica el punto exacto de la herida, se ofrecen datos suficientes para que el único lugar posible sean las piernas, ya que solo las extremidades, superiores e inferiores, no han sido mencionadas en el reconocimiento del labrador.

En definitiva, la base paródica del episodio es la incapacitación de las extremidades inferiores de Iñigo y el buen trato recibido de los franceses, que no solo le curan lo mejor posible, sino que le tratan amigablemente y le envían a casa en una litera; prácticamente las mismas labores llevadas a cabo por el vecino de Alonso Quijana, que le auxilia, le ayuda a levantarse, recoge sus armas y le conduce a casa, lo más cómodamente posible, en el “jumento por parecerle caballería más sosegada”; todo con la misma cortesía con que, al parecer, lo hicieron los franceses.

Corradini reconoce expresamente el sentido paródico del episodio quijotesco: “A causa de los golpes recibidos y del peso de las armas que soporta, el hidalgo permanece abatido en tierra sin lograr levantarse, hasta que se tropieza casualmente con él un vecino de su pueblo; que reconociéndolo, lo asiste, ayuda, lo levanta, lo hace montar en

su burro y lo acompaña a casa, cumpliendo así la misma función de los soldados franceses en la historia de Ignacio.”<sup>861</sup>

y de cuando en cuando daba unos **suspiros** que los ponía en el cielo, de modo que de nuevo obligó a que el labrador le preguntase, le dijese, qué mal sentía; y no parece sino que el diablo le traía a la memoria, los cuentos acomodados a sus sucesos, porque en aquel punto, olvidándose de Valdovinos, se acordó del moro Abindarráez, cuando el Alcaide de Antequera, Rodrigo de Narváez le prendió, y llevó cautivo a su Alcaidía.

Los suspiros al cielo del señor Quijana son, como sabemos, lamentos de enamorado, quejas de ausencia. Otra sutil ironía de Cervantes porque, según Ribadeneira, tampoco Iñigo se queja de dolores, ni siquiera suspira. Fue tal su hombría, su resignación que “*ni mudó color, ni gimió, ni suspiró, ni hubo siquiera un ay*”.

De nuevo la ficción y la falta de veracidad se apoderan de la Vida. ¿Cómo afirmar que, después de una cruenta intervención quirúrgica, sin ningún tipo de anestesia, ni siquiera “*mudó color*”? Veamos lo dicho al respecto en el Relato

Y hízose de nuevo esta carnicería; en la cual, así como en todas las otras que antes había pasado y después pasó, nunca habló palabra, ni mostró otra señal de dolor, que apretar mucho los puños.

Ribadeneira hiperboliza esta información añadiendo, a la ausencia de muestras de dolor, la desaparición de cualquier síntoma interno de enfermedad. Su intención, una vez más, es crear la imagen de un superhombre, porque se puede soportar el dolor, reprimirse los síntomas, no quejarse ni suspirar, pero ¿quién puede evitar palidecer o enrojecer?

Ya en el siglo XVIII el erudito J. Bowle, el más sagaz de los primeros cronistas quijotescos, apreció que Cervantes se burlaba de la anterior información de la Vida cuando, en el capítulo 8, puso en boca de don Quijote la siguiente frase: “y si no me quejo del dolor, es porque no es dado a los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella”<sup>862</sup>.

Los suspiros de Quijana no son, pues, quejas de dolor, sino de enamorado, de hombre absorto en la señora de sus pensamientos, por eso el labrador pregunta “qué mal sentía”, porque en la Vida, junto al verbo suspirar, aparece el vocablo ‘mal’, en su acepción de enfermedad o dolencia, más otras dos coincidencias formales reforzando la relación paródica

<b>VIDA</b>	<b>QUIJOTE</b>
<i>con un semblante y con un esfuerzo que <b>ponía</b> admiración. Porque ni mudó color, ni gimió, ni <b>suspiró</b>, ni hubo siquiera un ay, ni <b>dijo</b> palabra que mostrase flaqueza.</i>	<i>daba unos <b>suspiros</b> que los <b>ponía</b> en el cielo, de modo que de nuevo obligó a que el labrador le preguntase, le <b>dijese</b>, qué <b>mal</b> sentía</i>

<sup>861</sup> Corradini 1996.

<sup>862</sup> “Sería fácil rastrear el comportamiento similar de ambos personajes ilustres en este particular, pero veamos hasta qué punto el heroísmo del primero estaba en consonancia con la doctrina de nuestro caballero en lo que respecta al gran artículo de quejas de dolor ocasionados por heridas, en cuanto que los caballeros andantes no debían quejarse de sus heridas aunque se les salgan las tripas por ellas. Es bien conocida la herida en las piernas de Loyola en el asedio a Pamplona pero no lo es su sometimiento a una operación de volver a romperle la pierna por culpa de la impericia de sus cirujanos. “Porque ni mudó color, ni gimió, ni suspiró, ni hubo siquiera un ay, ni dijo palabra que mostrase flaqueza” (Ribadeneira, Vida I, I) Mostró el mismo valor cuando fue sometido a un atroz tormento voluntario de la amputación de un hueso para que pudiera llevar su bota gentilmente. Esto, de hecho, fue previo a su conversión” Bowle 2000.



<i>Crecía el <b>mal</b> más cada día y pasaba tan adelante, que ya poca esperanza se tenía de su vida</i>	
---	--

El labrador, ignorando que los suspiros de su vecino son amorosos, le pregunta “qué mal sentía” y, según el narrador, Quijana responde incurriendo de nuevo en la asunción de personalidades sucesivas, algo que él mismo explica con la siguiente frase: “no parece sino que el diablo le traía a la memoria, los cuentos acomodados a sus sucesos”.

Acomodar cuentos a “sucesos” es algo así como adaptar el contenido ficticio de los libros a la realidad, vivir en la fantasía (la “locura consiste en darle categoría de real a lo que es mera fantasía”<sup>863</sup>), engañarse “como único recurso para hacerse aquel que anhelaba ser”<sup>864</sup>.

En sus oscilaciones de personalidad, Quijana deja de ser Valdovinos para acordarse del moro Abindarráez, por eso el narrador concluye: “no parece sino que el diablo le traía a la memoria, los cuentos acomodados a sus sucesos”, importante reflexión con la que se alude a otro ya conocido fragmento de la Vida con significativas diferencias respecto al original del Relato. Dos versiones de un mismo acontecimiento, la primera contada por el protagonista de los hechos, la segunda basada en la primera.

Aunque ya se analizó detenidamente, volvamos al momento en que Iñigo, tras ser operado de nuevo por cirujanos de su tierra, vive un peligroso postoperatorio, pues Cervantes, utilizando distintos referentes formales y semánticos, vuelve una y otra vez a determinados pasajes de la Vida que, por su falsedad o intencionalidad, merecen ser analizados desde diversas perspectivas

Y llegando el día de S. Juan, por los médicos tener muy poca confianza de su salud, fue aconsejado que se confesase; y así, recibiendo los sacramentos, la víspera de S. Pedro y S. Paulo, dijeron los médicos que, si hasta la media noche no **sentía** mejoría, se podía contar por muerto. Solía ser el dicho enfermo devoto de S. Pedro, y así quiso nuestro Señor que aquella misma media noche se comenzase a hallar mejor; y fue tanto creciendo la mejoría, que de ahí a algunos días se juzgó que estaba fuera de peligro de muerte.

Puede establecerse una sutil relación, o más bien una sugerencia, entre la devoción de Iñigo por san Pedro y san Pablo y la mejoría paulatina, gradual, progresiva que, al inicio del día de la onomástica de dichos santos, se produce en el enfermo. No hay nada más, solo la expresión de gratitud y reconocimiento (“quiso nuestro Señor”) propia de una persona religiosa que recuerda con devoción el favor, la ayuda recibida, entonces, de “nuestro Señor”.

Veamos la versión de la Vida

*Ya **parecía** que se iba **llegando** la hora y el **punto** de su fin; y como los médicos le diesen por muerto si hasta la medianoche de aquel día no hubiese alguna mejoría, fue Dios nuestro Señor servido que en aquel mismo punto la hubiese. La cual creemos que el bienaventurado apóstol san Pedro le alcanzó de nuestro Señor; porque en los tiempos atrás siempre Ignacio le había tenido por particular patrón y abogado, y como a tal le había reverenciado y servido; y así se entiende que le apareció este glorioso apóstol la noche misma de su mayor necesidad, como quien le venía a favorecer y le traía la salud.*

Apoyándose en una ambigua e imprecisa expresión (“y así se entiende”) que, sin lugar a dudas, remite al Relato, Ribadeneyra se inventa un doble milagro. Por un lado, la

<sup>863</sup> Castilla del Pino 2005: 53.

<sup>864</sup> Castilla del Pino 2005: 55.

aparición de san Pedro (“*le apareció este glorioso apóstol*”), por otro, la curación instantánea, milagrosa (“*en aquel mismo punto la hubiese*”).

Queda claro el propósito propagandístico de la Vida, la falta de escrúpulos a la hora de versionar e interpretar interesadamente la información procedente del Relato y del resto de las fuentes ignacianas.

Con ese precedente resulta más fácil entender las intenciones de Cervantes al contrastar los textos para que, tarde o temprano, llegáramos a cotejarlos y desmontar las manipulaciones efectistas de la Vida.

Volvamos, pues, a la frase del narrador donde, humorísticamente, atribuye al diablo la inspiración de Quijana (“y no parece sino que el diablo **le traía** a la memoria, los cuentos acomodados a sus sucesos”) porque el verbo ‘traer’, en idéntica forma, sirve de referente para conectar ambos textos

<b>VIDA</b>	<b>QUIJOTE</b>
<i>y así se entiende que le apareció este glorioso apóstol la noche misma de su mayor necesidad, como quien le venía a favorecer y <b>le traía</b> la salud</i>	<i>y no parece sino que el diablo <b>le traía</b> a la memoria, los cuentos acomodados a sus sucesos</i>

Mientras según Ribadeneyra el apóstol san Pedro es quien trae la salud a Iñigo, según el narrador, otro ser etéreo, el diablo, es quien inspira, dicta, al señor Quijana, los cuentos que va acomodando a su actual situación. Pero, bien pensado ¿no ocurre lo mismo con Ribadeneyra? ¿No está acomodando la historia de Iñigo a las de otros santos? ¿No está contando cuentos?

También Cervantes realiza una labor semejante, parodiar los hechos de la vida de Ignacio valiéndose de cuentos, disfrazando el contenido de unos textos a los que constantemente nos remite para desvelar la falsedad y manipulación de las fuentes. Por esa razón aparece en la continuación del discurso del narrador otra de las frases claves del milagro trucado: “*en aquel mismo punto*”

y no parece sino que el diablo le traía a la memoria los cuentos acomodados a sus sucesos, porque **en aquel punto**, olvidándose de Valdovinos, se acordó del moro Abindarráez

La idea es llamar la atención, incidir en el detalle concreto, en la expresión sobre la que recae el peso de la manipulación, tan frecuente en una literatura religiosa en la que los muertos reviven, los parálíticos andan, los ciegos ven... y siempre al punto

<b>VIDA</b>	<b>QUIJOTE</b>
<i>fue Dios nuestro Señor servido que <b>en aquel mismo punto</b> la hubiese</i>	<i>le traía a la memoria los cuentos acomodados a sus sucesos, porque <b>en aquel punto</b>, olvidándose de Valdovinos, se acordó del moro Abindarráez</i>

Por otra parte, el cambio de temática, el giro dado por el señor Quijana en sus elucubraciones literarias, parece estar también relacionado, o tener como principal objetivo, mencionar el vocablo ‘alcaide’<sup>865</sup> y ‘alcaidia’, dando así entrada a un arcaísmo

<sup>865</sup> “Y así, estando en una fortaleza que los franceses combatían, y siendo todos de parecer que se diesen, salvadas las vidas, por ver claramente que no se podían defender, él dio tantas razones al **alcaide**, que todavía lo persuadió a defenderse, aunque contra parecer de todos los caballeros, los cuales se conhortaban con su ánimo y esfuerzo” (R, 1).

muy significativo de las primeras líneas del Relato y muy vinculado a la historia de la pierna de Iñigo y a sus posteriores circunstancias.

Finalizada la alocada autotransformación de Quijana, su vecino vuelve a preguntarle

**De suerte que** cuando el labrador le volvió a preguntar que cómo estaba y qué sentía, le respondió las mismas palabras y razones que el cautivo abencerraje respondía a Rodrigo de Narváez, del mismo modo que **él había leído** la historia en la Diana de Jorge Montemayor, donde se escribe; aprovechándose della tan a **propósito**, que el labrador se iba dando al diablo, de oír tanta máquina de necesidades; por donde conoció que su vecino estaba loco, y dábase prisa a llegar al pueblo por escusar el enfado que don Quijote le causaba con su larga arenga.

Para continuar, el narrador utiliza otra expresión existente en el fragmento núcleo de la Vida, poniendo en relación las necesidades que va ensartando Quijana con las del fragmento ya repetido en el que se especifican los “*veinte pedazos de huesos*” que, según Ribadeneyra, extrajeron de la pierna de Iñigo

*La otra nacía de la misma pierna, que por haberle sacado della veinte pedazos de huesos, quedaba corta y contrechada, **de suerte que** no podía andar, ni tenerse sobre sus pies. Era entonces Ignacio mozo lozano y polido, y muy amigo de galas y de traerse bien; y tenía **propósito** de llevar adelante los ejercicios de la guerra que había comenzado.*

¿No son también una locura, o “máquina de necesidades”, esos “*veinte pedazos de huesos*” extraídos de la pierna de Iñigo? Si nada se dice en el Relato ni en ninguna de las otras fuentes ¿de dónde saca Ribadeneyra tal número redondo?

O lo que es lo mismo ¿por qué un historiador, comprometido con la verdad, puede permitirse caprichos tan absurdos y falsos como inventarse un número que convierte en irreversible el restablecimiento de la pierna?

Para volver a sugerir, como siempre, la idea del milagro como única posibilidad.

El caso es que Iñigo, en esos momentos, aún no había leído libros de santos, en su cabeza imperaban las fantasías caballerescas, de ahí que el narrador haya seleccionado estos tres referentes para situarnos en el lugar exacto de la parodia donde Ribadeneyra informa sobre el “*propósito*” de Iñigo de seguir adelante con “*los ejercicios de la guerra*”.

Pero ¿cómo casa la pierna destrozada, los “*veinte pedazos de huesos*”, con las intenciones de seguir en la guerra? ¿Qué lógica rige el discurso de Ribadeneyra?

Parece ser que ninguna. Tal vez por eso el labrador habla de ‘necesidades’ y acelera su paso para “escusar el enfado que don Quijote le causaba con su larga arenga”, una conclusión que bien podría coincidir con la opinión de Cervantes sobre la Vida.

## FAMOSOS HECHOS

Finalizada la intervención del narrador informando sobre los desvaríos de don Quijote, él mismo toma la palabra

-Sepa vuestra merced, señor don Rodrigo de Narváez, que esta hermosa Jarifa que he dicho es ahora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he **hecho**, hago y **haré** los más famosos **hechos** de caballerías que se han visto, vean ni verán en el mundo.

Con el propósito de imitar la imagen de un Iñigo sin personalidad definida, sumido en “un auténtico repertorio de trasmutaciones delirantes”<sup>866</sup>, Quijana vuelve a mostrarse claramente como antes de ser don Quijote y parodia los momentos de la convalecencia

---

<sup>866</sup> Alonso-Fernández 2005: 12.

de Iñigo, los vaivenes de personalidad, por eso, tras la elucubración elíptica en la que, como Abindarraez, parece haberse mostrado enamorado de Jarifa, ahora rectifica y confiesa su amor por Dulcinea, pero con un lenguaje (“la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago y haré los más famosos hechos de caballerías que se han visto, vean ni verán en el mundo”) que sugiere o evoca, casi evidentemente, el famoso fragmento del Relato, cuando todavía Iñigo elucubra indistintamente con la princesa de carne y hueso y con la virgen, la nueva señora de sus pensamientos

imaginando lo que había de hacer en servicio de una señora, los medios que tomaría para poder ir a la tierra donde ella estaba, los motes, las palabras que le diría, los hechos de armas que haría en su servicio.

El referente indiscutible es la reiterativa utilización, en ambos textos, del verbo ‘hacer’, más la expresión “hechos de armas que” o, el equivalente, “hechos de caballerías que”

RELATO	QUIJOTE
Lo que había de <u>hacer</u> / que <u>haría</u>	he <u>hecho</u> , <u>hago</u> y <u>haré</u>
<u>hechos de armas que</u>	<u>hechos de caballerías que</u>

Se aprecia, además, en el discurso de Quijana una clara pretensión de gloria universal, de fama eterna (“los más famosos hechos de caballerías que se han visto, vean ni verán en el mundo”), otra clara referencia a la historia, ya escrita, de su alter ego: el famoso Relato, denominado, como sabemos, “<<Hechos>> del P. Ignacio”<sup>867</sup> en uno de sus prólogos.

#### AFANES DE GLORIA

A las palabras de Quijana responde el labrador

-Mire vuestra merced, señor, pecador de mí, que yo no soy don Rodrigo de Narváez, ni el marqués de Mantua, sino Pedro Alonso, su vecino; ni vuestra merced es Valdovinos, ni Abindarraez, sino el honrado hidalgo del señor Quijana.

El buen hombre trata de encarrilar la descentrada mente de su vecino, de desmontar, dice Torrente, “el aparato imaginativo de Alonso Quijano [...de] traerlo a la realidad desde la literatura”, aunque él se muestra seguro y con su respuesta anula esas aparentes dudas de personalidad

Yo sé quien soy -respondió don Quijote-, y sé que puedo ser, no solo los que he dicho, sino **todos** los doce Pares de Francia, y aun **todos** los nueve de la Fama, pues a todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron se aventajarán las mías”

Don Quijote conoce su verdadera personalidad, su cometido de ser trasunto de alguien a quien imita, por eso, como señala la crítica, “se ha entendido que DQ afirma en esta frase su fe en sí mismo y en su misión”<sup>868</sup>, porque no es ahora “el honrado hidalgo del señor Quijana”, sino don Quijote, el seguidor de los pasos de los libros donde están escritos los acontecimientos que debe representar. De ahí la rotunda afirmación sobre quién es y quién puede ser, un hombre capaz de igualar con sus hechos, con sus hazañas, a los más famosos de la historia, otra idea inspirada en los inicios del primer capítulo de la Vida

*Pasados, pues, los primeros años de su niñez, fue enviado de sus padres Ignacio a la corte de los Reyes Católicos. Y comenzando ya a ser mozo y a hervirle la*

<sup>867</sup> “Estos son los “Hechos” del P. Ignacio, tal como hoy se hallan en circulación” (R, Prólogo del P. Nadal)

<sup>868</sup> Quijote 1998: 19: 73.

*sangre, movido del ejemplo de sus hermanos, que eran varones enforzados, y él, que de suyo era brioso y de grande ánimo, diose mucho a todos los ejercicios de armas, procurando de aventajarse sobre todos sus iguales, y de alcanzar nombre de hombre valeroso, y honra y gloria militar. (Vida I, I)*

Aunque el referente fundamental es el verbo ‘aventajar’, en el sentido de exceder, sobresalir sobre los demás en hechos militares, es el vocablo ‘todos’, referido tanto al tipo de ejercicios de armas, como a la generalidad de las personas, el que se erige en motivo central de la parodia. Dos veces se repite en la Vida y cuatro en el breve fragmento de la novela, donde se hiperboliza la idea de capacidad, de estar por encima de todos los demás, ejemplificados en “**todos** los doce Pares de Francia, y aun **todos** los nueve de la Fama”. Es lo que define Alonso-Fernández como el “delirio megalómano del hidalgo [...] al creerse el más esforzado caballero andante concebible”<sup>869</sup>. No olvidar las intenciones de Iñigo de hacer las mismas cosas, y más, que santo Domingo o san Francisco, ni lo fáciles que le parecían (“le parecía hallar en sí facilidad de ponerlas en obra”).

En definitiva, en la personalidad de Iñigo ya existía una tendencia delirante y megalómana que, lógicamente, pervivió en él, aunque sustancialmente modificada después de la metamorfosis.

Eso parece deducir Cervantes al poner en conexión, a través de algunos referentes, las ideas megalómanas de don Quijote con las apuntadas en la Vida sobre Loyola

<b>VIDA</b>	<b>QUIJOTE</b>
<i>diose mucho <u>a todos los ejercicios de armas, procurando de aventajarse sobre todos sus iguales, y de alcanzar nombre de hombre valeroso, y honra y gloria militar</u></i>	<b>todos los</b> doce Pares de Francia, y aun <b>todos los</b> nueve de la Fama, pues <b>a todas las</b> hazañas que ellos <b>todos</b> juntos y cada uno por sí hicieron <b>se aventajarán</b> las <u>mías</u>

Loyola se entregó a los ejercicios militares y, después, a los religiosos, con un afán de superación y protagonismo ilimitados, procurando “*aventajarse sobre todos sus iguales*”, por eso don Quijote, cuyo afán es también destacar sobre todos los demás, sobre “**todos** juntos y cada uno por sí”, es consciente de su capacidad presente y futura, de su posibilidad de ser y llegar a ser, de aventajar a cualquiera.

Según Ribadeneyra, Iñigo aspiraba a la gloria militar, a alcanzar la fama (“*nombre de hombre valeroso, y honra y gloria militar*”), la misma aspiración de don Quijote, que ha sustituido el concepto genérico por nombres concretos de héroes militares.

Pretendiendo, según Torrente, “la recuperación del papel que Pedro Alonso quiso arrebatarse a Quijano diciéndole <<quién es>>, es decir, la voluntad de mantenerse, pese a todo, dentro del juego aunque el oponente no lo acepte. Con esta respuesta, Alonso Quijano continúa la representación. Las palabras que dice a Pedro Alonso pertenecen, en realidad, a don Quijote [...] Alonso Quijano juega a ser don Quijote, y uno de los medios técnicos que <<pone en juego>>, es la representación”<sup>870</sup>. La novela, concluye Torrente, se configura, pues, como la historia “de un hombre que juega a ser otro; en principio, y al parecer, ante sí mismo, pero muy pronto ante los demás, ante testigos”<sup>871</sup>. A tan magnífica interpretación, válida, igualmente, para la equiparación del proceso de identificación, de autorrealización y transmutación de Iñigo a Ignacio, debe añadirse la

<sup>869</sup> Alonso-Fernández 2005: 25.

<sup>870</sup> Torrente 2004: 63-64.

<sup>871</sup> *Ibidem*, p. 64.

seguridad en las acciones que otorga Cervantes a don Quijote. Tanto su firmeza como la de Iñigo, nacen del convencimiento de haber sido elegidos para cumplir una misión, de sentirse invulnerables ante cualquier eventualidad, ambos se encuentran protegidos por un ser superior que vela por ellos durante el proceso de aprendizaje hacia la santidad, o la caballería.

La contundente frase de don Quijote (“yo sé quién soy”) ante las dudas planteadas por los demás, ante el deseo de su vecino de “traerlo a la realidad desde la literatura”<sup>872</sup>, solo pretende reivindicar su condición literaria, su naturaleza de alter ego salido de las páginas de unos libros a los que está imitando. Por eso sus palabras pertenecen, como insiste Torrente, no a Alonso Quijano sino a don Quijote; no a Iñigo sino al ya consagrado autor del Relato, porque don Quijote <<vive>> el <<otro>> que él mismo es, “y lo vive tan realmente que sufre en sus carnes las consecuencias”<sup>873</sup>.

## ANOCHECÍA

Tras la última intervención de don Quijote reafirmando “su fe en sí mismo y en su misión”<sup>874</sup>, aparece de nuevo el narrador para dar un giro radical al desarrollo de los acontecimientos, centrados, hasta ahora, en la imitación de los momentos previos a la conversión de Iñigo.

A partir de aquí Cervantes alterna la parodia en torno a los momentos de la ‘conversión’ con otros temporalmente muy posteriores, pertenecientes al tiempo en que Loyola, ya vuelto de Jerusalén, ejerce como estudiante en la segunda década del siglo XVI.

España se encuentra entonces dominada por un poder político-eclesiástico que estimula la incultura, el no pensamiento; un país dogmático y cerrado a cualquier novedad o alteración no bendecida por una Iglesia fundamentalista y despótica que utiliza el temor a la herejía como pretexto para imponer el terror y la más férrea ortodoxia.

Por eso los libros, símbolos del pensamiento y de una ideología viva, van a ser objeto de un feroz ataque que, subrepticamente, evoca la vida y vicisitudes de Loyola desde el momento de su apertura intelectual hasta el final de los acosos a que se verá sometido por la Iglesia.

Un angustioso ambiente donde, so capa de humor, puede apreciarse la triste supervivencia de una sociedad sumida en el miedo e incapaz de reaccionar ante la opresión de un Estado-Iglesia aparentemente bonachón, pero con increíbles dotes de crueldad y vileza.

En estas pláticas y en otras semejantes llegaron al lugar, a la hora que anochecía, pero el labrador aguardó a que fuese algo más noche, porque no viesan al molido hidalgo tan mal caballero. Llegada, pues, la hora que le pareció, entró en el pueblo, y en la casa de don Quijote, la cual halló toda alborotada; y estaban en ella el cura y el barbero del lugar, que eran **grandes amigos** de don Quijote, que estaba diciéndoles su ama a voces:

Mientras la primera salida, aunque a hurtadillas, se hizo al amanecer, con la esperanza del día y la nueva vida que comenzaba, la vuelta al hogar se hace en un anochecer casi kafkiano, con don Quijote tan derrotado que el vecino, más pendiente de la reputación que de la salud, “aguardó a que fuese algo más noche”.

La calculada demora para evitar el descrédito (“porque no viesan al molido hidalgo tan mal caballero”), parece indicar que don Quijote monta el burro muy incorrectamente (“tan mal caballero”).

---

<sup>872</sup> Torrente 2004: 62.

<sup>873</sup> Torrente 2004: 64.

<sup>874</sup> Quijote 1998: 19: 73.

Según la crítica agrupada, la “expresión tiene el significado ambivalente de <<montado en animal que no le corresponde>>”<sup>875</sup>, una perspicaz interpretación que conecta sutilísimamente la actitud de don Quijote con el caballero de la Banda Ignacio de Loyola. La información nos llega a través de Montaigne: “El rey Alfonso [se trata de Alfonso XI, rey de Castilla y León], el que fundó en España la orden de los caballeros de la Banda o de la Bufanda, dioles entre otras reglas, la de no montar mula o asno, so pena de un marco de plata como castigo”<sup>876</sup>.

Don Quijote no tiene más remedio que aceptar lo que se le ofrece y, además, montar en el asno indignamente, no a horcajadas, como corresponde a cualquier caballero por muy herido que se encuentre, sino, probablemente, atravesado. Debe tenerse en cuenta, siguiendo la lógica de la novela, que el labrador, ajeno a los códigos de la caballería y dueño de un jumento, no puede considerar innoble, o indigno de su vecino, entrar en la aldea correctamente montando en su burro. Si espera a que sea de noche es por otra causa, porque monta, vergonzosamente, atravesado.

Cervantes volverá a insistir en esta significativa incertidumbre en el capítulo quince, donde, tras la paliza propinada por los yangüeses a Rocinante y a don Quijote, este se ve en la necesidad de recurrir al jumento de Sancho. Oigamos el diálogo entre amo y escudero

-Siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas, para dar remedio a ellas, dijo don Quijote. Dígolo, porque esa besteza podrá suplir ahora la falta de Rocinante, llevándome a mí desde aquí a algún castillo, donde sea curado de mis heridas. Y más, que no tendré a deshonra la tal caballería, porque me acuerdo haber leído, que aquel buen viejo Sileno, ayo, y pedagogo del alegre Dios de la risa, cuando entró en la ciudad de las cien puertas, iba muy a su placer caballero sobre un muy hermoso asno

-Verdad será, que él debía de ir caballero como vuestra merced dice, respondió Sancho, pero hay grande diferencia del ir caballero, al ir atravesado como costal de basura.

A lo cual respondió don Quijote:

-Las heridas que se reciben en las batallas, antes dan honra, que la quitan. Así que Panza amigo, no me repliques más, sino como ya te he dicho, levántate lo mejor que pudieres, y ponme de la manera que más te agradare encima de tu jumento, y vamos de aquí antes que la noche venga, y nos saltee en este despoblado.

Con su característica elegancia, don Quijote trata de dibujar la realidad de la forma más honrosa posible o, por lo menos, más acomodada a sus deseos, por esa razón, debiendo conformarse con cabalgar en el borrico, le comunica a Sancho su aceptación (“no tendré a deshonra la tal caballería”) apoyándose en un pasaje de sus libros. Pero por la respuesta de Sancho sabemos que don Quijote no cuenta toda la verdad, que calla una parte importante aclarada enseguida por el escudero: “hay grande diferencia del ir caballero, al ir atravesado como costal de basura”.

Cuando el labrador vecino de don Quijote aguarda la noche para entrar en la aldea “porque no viesen al molido hidalgo tan mal caballero”, es casi evidente que el astuto narrador nos está sugiriendo que don Quijote entra en la aldea “atravesado” en el asno. Y viene así porque la herida entre las piernas, como la de Iñigo, le impide cabalgar correctamente y, además, por otra parte, porque esa forma de entrar en la aldea coincide, en lo esencial con la forma, tendido en una litera, en que Iñigo volvió por primera vez a la aldea.

---

<sup>875</sup> Quijote 1998: 23: 74.

<sup>876</sup> Montaigne 2008: 358.

Cervantes ha esperado hasta el capítulo quince para ampliar el significado de la información del capítulo cinco sobre la forma en que don Quijote vuelve a casa tras la primera salida. Para evitar la evidencia, deja un poco confusa la expresión “mal caballero” y la completa unos capítulos después, en un ambiente ajeno y alejado del comprometedor capítulo cinco.

No obstante, parece excesiva, incluso cruel, la demora del labrador, más pendiente del qué dirán, que de la dolorosa situación de su vecino, a quien mantuvo en espera, insiste el narrador, hasta “la hora que le pareció”, con la única intención, de que nadie les viese, de que el asunto no trascendiera más allá de la casa, “la cual halló toda alborotada”.

### **CASA ALBOROTADA**

Aunque alboroto significa alteración de gente, ruido, vocerío, en la Vida aparece casi siempre asociado a problemas ideológicos, a pependencias religiosas capaces de alterar el orden establecido. Ribadeneyra, por ejemplo, acusa a los calvinistas de alborotar y destruir todos los reinos donde entran<sup>877</sup>, etc.

Pues bien, el alboroto reinante en la casa de don Quijote debe entenderse en ese doble sentido, como alteración de la calma de una casa a la que acuden los vecinos al conocer la mala noticia de la alocada ‘huida’ de un hombre apreciado y, también, como inquietud general ante la presencia de la Inquisición indagando sobre las personas.

En realidad, la excesiva demora del labrador solo puede comprenderse como estrategia cautelar, como soterrado temor pues, incluso dentro del patio de la casa de don Quijote, continuará con la incomprensible demora.

Pero ¿quién ha provocado tanto alboroto en la casa?

El cura y el barbero, algo así como las autoridades de la aldea donde reside don Quijote y a quienes el narrador presenta como “grandes amigos”, aunque el discurrir de la novela demuestra que estos dos personajes, siempre interesados en devolver a don Quijote a casa y a la normalidad de las tradiciones que ha roto con su nuevo y equivocado comportamiento, actúan, simbólicamente, como poderes fácticos. “Salta a la vista que ambos aparecen a menudo juntos. Esto no debe causar extrañeza si se tiene en cuenta que el barbero en la época era al mismo tiempo cirujano y se encargaba de curar heridas físicas. El cura, por el contrario, es el responsable en la tradición cristiana de la salud del alma. Ambos tienen en común el cuidado de la salud del individuo, lo cual le lleva en el Quijote a realizar actividades conjuntas. [...] Como un hijo pródigo, por decirlo de alguna manera, vuelve don Quijote al seno de la Iglesia cuyos comentarios hacen aparecer las salidas como malos ejemplos”<sup>878</sup>.

Gran parte de la crítica acepta hoy día la función represiva que los “grandes amigos de don Quijote” desempeñan subrepticamente en la novela y, para confirmar esa línea, Cervantes aporta un referente sutil que conecta irónicamente la supuesta amistad de don Quijote con sus dos vecinos, y la de Loyola con el Inquisidor General.

En efecto, a pesar de los varios acosos inquisitoriales sufridos por Loyola, Ribadeneyra dedica la Vida al Inquisidor General Gaspar de Quiroga, a quien presenta, en la servil y adulatora *Dedicatoria*, como “**grande amigo** de nuestro padre Ignacio”.

---

<sup>877</sup> “Aunque, para decir la verdad, ellos han sido tales que con ser su maestro Lutero tan horrible monstruo, como parece por sus obras, no tiene que ver con los calvinistas y hugonotes, sus discípulos, en la impiedad, violencia, crueldad y tiranía. Los cuales no se han contentado de perseguir la religión católica y a los que la profesan, sino que **alborotan** y destruyen y asuelan todas las provincias y reinos donde entran, como enemigos capitales que son del género humano, y con verdad se puede llamar incendio y pestilencia universal del mundo” (Vida II, XVIII)

<sup>878</sup> Strosetzki 1998: 102.



Es una expresión falsa, pura lisonja con la que Ribadeneyra trata de ganarse a la persona y, al mismo tiempo, airear la nueva posición ideológica y social de la Compañía.

Cervantes, siempre atento a todo tipo de manipulaciones, no solo recupera la expresión sino que la utiliza en un contexto que permite asociar al Quiroga de la Vida con el cura de la novela pues, como por sus obras se irá viendo, son vidas paralelas, importantes religiosos que desempeñan, en la realidad y en la ficción, el trabajo de máximos representantes del poder eclesiástico e inquisitorial que persiguió a Loyola e intentó devolverlo al redil tradicional.

Se aprecia, pues, en la casa alborotada, no solo la tensión de quienes andan preocupados por la desaparición de don Quijote, sino de quienes temen que la visita de ‘sus amigos’ causará serios problemas.

De hecho, el labrador, en vez de entrar directamente en la casa como requiere la urgencia del caso, permanece fuera tanteando la situación, escuchando las voces del ama.

Pero ¿qué dice la alterada señora a los amigos de don Quijote?

-¿Qué le parece a vuestra merced, señor licenciado Pero Pérez -que así se llamaba el cura-, de la desgracia de mi señor? Tres días ha que no parecen él, ni el rocín, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas. ¡Desventurada de mí! que me doy a entender, y así es ello la verdad como nací para morir, que estos malditos libros de caballerías que él tiene y suele leer tan de ordinario le han vuelto el juicio; que ahora me acuerdo haberle oído decir muchas veces, hablando entre sí, que quería hacerse caballero andante, e irse a buscar las aventuras por esos mundos. Encomendados sean a Satanás y a Barrabás tales libros, que así han echado a perder el más **delicado entendimiento** que había en toda la Mancha"

Lo primero que llama la atención de la perorata del ama es los tres días que, según ella, lleva don Quijote fuera de casa pues, por los datos del narrador ofrecidos hasta ahora, solo serían dos, ya que salió una mañana, pernoctó en la venta y ha vuelto al día siguiente. ¿Por qué ella cuenta tres?

Además del detalle de independencia que otorga Cervantes a unos personajes capaces de ofrecer versiones, a veces interesadas, de los hechos, la especificación de los ‘tres días’ parece relacionada con el único dato cronológico ofrecido por Ribadeneyra desde el momento de la salida de Iñigo hasta el momento posterior a la vela de armas: “*Confesóse generalmente de toda su vida, por escrito y con mucho cuidado, y duró la confesión **tres días***” (Vida I, III).

Si don Quijote, parodiando la vela de Loyola, ha velado armas en la venta, su vuelta no puede ser anterior a los ‘tres días’ que, como mínimo, pasó Loyola en Montserrat. Y como ese es el único dato temporal existente en las fuentes, Cervantes lo pone en boca del ama, uno de los personajes más próximos, ideológicamente, al contenido de la Vida. Es un dato simbólico, igual que la presencia del cura y el barbero, o el resto de la intervención del ama, cuya queja, su desventura, es haber llegado a la conclusión de que los “libros de caballerías que él tiene y suele leer tan de ordinario le han vuelto el juicio”.

Por muy descabellada que parezca, la idea de los libros como causantes de la locura no era algo inusual, sino vigente durante varios siglos. Ernst Zimmer, por ejemplo, el carpintero en cuya casa vivió recluido Hölderlin en una habitación durante los últimos treinta y siete años de su vida, también acusaba a los libros de la locura del poeta y con palabras muy parecidas a las del ama: “Créame, eso es lo que le ha vuelto loco. Esos malditos libros, todo el día abiertos sobre la mesa, y cuando está solo, desde por la mañana hasta por la noche se lee a sí mismo pasajes en voz alta, declamando como un

actor, con aires de querer conquistar el mundo. No merece la pena obstinarse así en esto, siempre lo mismo, es lo que llaman una idea fija”<sup>879</sup>.

Sabemos de sobra que don Quijote se ha vuelto loco y vive obstinado con una idea fija, aunque hasta ahora no habíamos recibido información de alguien que convive con él y que, en el capítulo primero, relacionamos, simbólicamente, con el entorno familiar de Iñigo durante la convalecencia.

Precisamente, esta primera intervención del ama incide en aquella línea simbólica, en relacionar los datos familiares de Iñigo ofrecidos por Ribadeneyra, con los que ofrecerán enseguida el ama y la sobrina de don Quijote.

Tanto al inicio del Relato como al comienzo de la Vida, Martín García de Loyola, hermano mayor de Iñigo que, como heredero de la casa-torre, ocupa el lugar del padre, se muestra, como ya comentamos, en desacuerdo con el hermano menor al sospechar su intención de irse a peregrinar por el mundo.

Los distintos enfoques e intenciones de Gonçalves y Ribadeneyra a la hora de informar sobre este asunto, dan pie a Cervantes para explotarlo amplia y humorísticamente. Veamos primero la versión íntegra del Relato, el núcleo donde se informa del momento y, muy sucintamente, de la actitud del hermano

Y ya se le iban olvidando los pensamientos pasados con estos santos deseos que tenía, los cuales se le confirmaron con una visitación, desta manera. Estando una noche despierto, vio claramente una imagen de nuestra Señora con el santo Niño Jesús, con cuya vista por espacio notable recibió consolación muy excesiva, y quedó con tanto asco de toda la vida pasada, y especialmente de cosas de carne, que le parecía habersele quitado del ánima todas las especies que antes tenía en ella pintadas. Así desde aquella hora hasta el Agosto de 53 que esto se escribe, nunca más tuvo ni un mínimo consenso en cosas de carne; y por este efeto se puede juzgar haber sido la cosa de Dios, aunque él no osaba determinarlo, ni decía más que afirmar lo susodicho. Mas así su hermano como todos los demás de casa fueron conociendo por lo exterior la mudanza que se había hecho en su ánima interiormente.

Él, no se curando de nada, perseveraba en su lección y en sus buenos propósitos; y el tiempo que con los de casa conversaba, todo lo gastaba en cosas de Dios, con lo cual hacía provecho a sus ánimas. Y gustando mucho de aquellos libros, le vino al pensamiento de sacar algunas cosas en breve más esenciales de la vida de Cristo y de los Santos; y así se pone a escribir un libro con mucha diligencia (porque ya comenzaba a levantarse un poco por casa); las palabras de Cristo de tinta colorada, las de nuestra Señora de tinta azul; y el papel era bruñido y rayado, y de buena letra, porque era muy buen escribano. Parte del tiempo gastaba en escribir, parte en oración. Y la mayor consolación que recibía era mirar el cielo y las estrellas, lo cual hacía muchas veces y por muy grande espacio, porque con aquello sentía en sí un muy grande esfuerzo para servir a nuestro Señor. Pensaba muchas veces en su propósito, deseando ya ser sano del todo para se poner en camino.

Y echando sus cuentas, qué es lo que haría después que viniese de Jerusalén para que siempre viviese en penitencia, ofrecíasele meterse en la Cartuja de Sevilla, sin decir quién era para que en menos le tuviesen y allí nunca comer sino yerbas. Mas cuando otra vez tornaba a pensar en las penitencias, que andando por el mundo deseaba hacer, resfriábasele el deseo de la Cartuja, temiendo que no pudiese ejercitar el odio que contra sí tenía concebido.

---

<sup>879</sup> Hölderlin 1978: 36.

Todavía a un criado de casa, que iba a Burgos, mandó que se informase de la regla de la Cartuja, y la información que de ella tuvo le pareció bien. Mas por la razón arriba dicha y porque todo estaba embebido en la ida que pensaba presto hacer, y aquello no se había de tratar sino después de la vuelta, no miraba tanto en ello; antes, hallándose ya con algunas fuerzas, le pareció que era tiempo de partirse, y dijo a su hermano: <<Señor, el duque de Nájera, como sabéis, ya sabe que estoy bueno. Será bueno que vaya a Navarrete>> (estaba entonces allí el duque). El hermano le llevó a una cámara\* y después a otra, y con muchas admiraciones le empieza a rogar que **no se eche a perder**; y que  mire cuánta esperanza tiene dél la gente, y cuanto puede valer, y otras palabras semejantes, todas a intento de apartarle del buen deseo que tenía. Mas la respuesta fue de manera que, sin apartarse de la verdad, porque dello tenía ya grande escrúpulo, se descabulló del hermano.>> \* Sospechaba el hermano y  algunos de casa que él quería hacer alguna gran mutación." (R, 10-12)

Aunque Iñigo, al parecer, no comunica expresamente sus nuevos propósitos, sí queda claro que en su casa notan la mudanza ("fueron conociendo por lo exterior la mudanza que se había hecho en su ánima"), entre otras cosas porque ha adoptado la posición de un místico, se pasa el día, como Hölderlin, leyendo y escribiendo sobre religión, orando y mirando al cielo "muchas veces y por muy grande espacio".

Además de esos inconfundibles datos de exacerbado misticismo, también solicita información sobre las reglas de la Cartuja y, sintiéndose mejor, se dirige a su hermano para informarle, con mucha diplomacia, sobre la inminente partida.

A pesar de la parquedad, el Relato, como comentamos, comunica con precisión la tensión familiar del momento, la mentirilla del duque de Nájera utilizada como pretexto, y la reacción del hermano tratando de convencerle, de una cámara a otra, para "que no se eche a perder". No hay acritud, pero sí el reproche del cabeza de familia, del responsable del clan, oponiéndose a una locura que cree perjudicial para su reputación y la de toda la familia.

Partiendo de esa información, Ribadeneyra elabora la siguiente versión

*Había ya cobrado razonable salud, y porque la casa de Loyola era muy de atrás allegada y dependiente de la del duque de Nájera y el mismo duque le había enviado a visitar en su enfermedad algunas veces, con achaque de visitar al duque (que estaba en Navarrete) y cumplir con la obligación en que le había puesto, pero verdaderamente por salir, como otro Abraham, de su casa y de entre sus deudos y conocidos se puso a punto para ir camino. Olió el negocio Martín García de Loyola, su hermano mayor, y dióle mala espina; y llamando a parte a Ignacio en un aposento, comenzó con todo el artificio y buen término que supo, a pedirle y rogarle muy ahincadamente que mirase bien lo que hacía, y **no echase a perder** a sí y a los suyos, mas que considerase cuán bien entablado tenía su negocio y cuanto camino tenía andado para alcanzar honra y provecho, y que sobre tales principios y tales cimientos podría edificar cualquiera grande obra que las esperanzas ciertas de su valor y industria a todos prometía: - Todas las cosas (dice) en vos, hermano mío, son grandes, el ingenio, el juicio, el ánimo, la nobleza y favor y cabida con los príncipes, la buena voluntad que os tiene toda esta comarca, el uso y experiencia de las cosas de la guerra, el aviso y prudencia, vuestra edad que está ahora en la flor de la juventud, y una expectación increíble fundada en estas cosas que he dicho, que todos tienen de vos. Pues ¿cómo queréis vos, por un antojo vuestro, engañar nuestras esperanzas tan macizas y verdaderas, y dejarnos burlados a todos; despojar y desposeer nuestra casa de los trofeos de vuestras victorias y de los*

*ornamentos y premios que de vuestros trabajos se han de seguir? Yo en una cosa os hago ventaja, que es en haber nacido primero que vos y ser vuestro hermano mayor, pero en todo lo demás, yo reconozco que vais adelante. Mirad (yo os ruego, hermano mío más querido que mi vida) lo que hacéis, y no os arrojéis a cosa que, no solo nos quite lo que de vos esperamos, sino también amancille nuestro linaje con perpetua infamia y deshonra.*

*Oyó su razonamiento Ignacio, y como había otro que le hablaba con más fuerza y eficacia al corazón, respondió a su hermano con pocas palabras diciendo que él miraría por sí y se acordaría que había nacido de buenos, y que le prometía de no hacer cosa que fuese en deshonra de su casa. Y con estas pocas palabras, aunque no satisfizo al hermano, apartóle y sacudióle de sí, y púsose en camino, acompañado de dos criados; los cuales poco después despidió, dándoles de lo que llevaba. (Vida I, III).*

Apoyándose en los ruegos, admiraciones y esperanzas del Relato (“con muchas admiraciones le empieza a rogar que no se eche a perder; y que mire cuánta esperanza tiene dél la gente, y cuanto puede valer, y otras palabras semejantes, todas a intento de apartarle del buen deseo que tenía), Ribadeneyra construye un apologético informe en el que incluye un largo discurso donde, ¡en estilo directo!, el hermano mayor pondera extremadamente las grandes cualidades del futuro fundador de la Compañía. O sea, el severo y frío discurso del hermano mayor, temeroso de que el menor, influido por la minusvalía, ‘se eche a perder’, ha sido transformado por Ribadeneyra en un encomiástico y humildísimo discurso de reconocimiento y adoración hacia un ser manifiestamente superior a sus ojos y a los de toda la sociedad. En fin, lo de siempre, se trata de borrar, o maquillar, cualquier aspecto del pasado que pudiera ser molesto o comprometido “y de reescribir la historia.”<sup>880</sup>

Con esa información sobre la relación de Iñigo con los de su casa, volvamos al texto cervantino, al momento en el que el labrador y molido caballero entran en el corral de Alonso Quijano y, desde allí, encuentran la casa alborotada por la visita del cura y el barbero, y escuchan, a escondidas, las voces del ama

*-¿Qué le parece a vuestra merced, señor licenciado Pero Pérez -que así se llamaba el cura-, de la desgracia de mi señor? Tres días ha que no parecen él, ni el rocín, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas. ¡Desventurada de mí! que me doy a entender, y así es ello la verdad como nací para morir, que estos malditos libros de caballerías que él tiene y suele leer tan de ordinario le han vuelto el juicio; que ahora me acuerdo haberle oído decir muchas veces, hablando entre sí, que quería hacerse caballero andante, e irse a buscar las aventuras por esos mundos. Encomendados sean a Satanás y a Barrabás tales libros, que así han echado a perder el más **delicado entendimiento** que había en toda la Mancha.*

La clave interpretativa del discurso a voces se encuentra en las últimas líneas, en la locución verbal ‘echarse a perder’ que, de forma ingeniosa, conecta la novela con las dos fuentes pues, tanto en el Relato como en la Vida, el hermano mayor emplea la misma expresión para recriminar a Iñigo por desaprovechar las expectativas favorables. El cuadro comparativo es bastante elocuente

RELATO	VIDA	QUIJOTE
con muchas admiraciones le empieza a rogar que no <b><u>se eche a perder</u></b>	<i>que mirase bien lo que hacía, y no <b><u>echase a perder</u></b> a sí y a los suyos</i>	que así han <b><u>echado a perder</u></b> el más delicado entendimiento

<sup>880</sup> Yoldi: 2012.

Aunque ni en el Relato ni en la Vida se especifica, es muy probable que el hermano de Loyola también le reprochara la influencia de los libros religiosos, que culpara a los dos libros, suministrados por su esposa, del cambio casi repentino llevado a cabo por un Iñigo que también reconoce haberse dejado seducir igualmente por los libros de caballería. Las palabras del ama, la semejanza que guardan con los apartados del Relato y la Vida donde se recuerda dicha influencia, apuntan en ese sentido

RELATO	VIDA	QUIJOTE
Y porque <u>era muy dado a leer libros mundanos y falsos, que suelen llamar de Caballerías</u>	<i>Era en este tiempo muy curioso, y <u>amigo de leer libros de caballerías</u></i>	estos malditos <u>libros de caballerías</u> que él tiene y <u>suele leer tan de ordinario</u> le han vuelto el juicio

Además de la presencia del infinitivo del verbo leer, en los tres textos se incide en lo excesivo de la afición y en la expresión “libros de caballerías”. Y para reforzar la intencionalidad imitativa, Cervantes repite hasta el verbo ‘soler’, en el mismo tiempo y modo que en el Relato.

Más sutil resulta todavía otra de las observaciones del ama: “ahora me acuerdo haberle oído decir muchas veces, hablando entre sí, que quería hacerse caballero andante, e irse a buscar las aventuras por esos mundos”.

Ya sabemos que el primero en conocer las intenciones religiosas y peregrinas de Iñigo fue Juan Chanones, el confesor de Montserrat. Hasta entonces, según él mismo afirma un poco ambiguamente en el Relato, a ningún confesor “lo había descubierto”

Y éste fue el primer hombre a quien descubrió su determinación, porque hasta entonces a ningún confesor lo había descubierto. (R, 17).

Aunque primero utiliza el genérico ‘hombre’ que induce a pensar en un silencio absoluto sobre el asunto, la posterior aclaración (“ningún confesor”) despierta algunas dudas sobre la naturaleza universal de tal silencio.

En la Vida, como vimos en el capítulo anterior, se disipa la duda al afirmarse rotundamente que el confesor fue “*el primero*” en conocer las intenciones de Ignacio.

¿Por qué, entonces, el ama, si Cervantes, según afirma en el Prólogo, está realizando una imitación ‘perfecta’<sup>881</sup>, asegura “haberle oído decir muchas veces, hablando entre sí, que quería hacerse caballero andante”? ¿Por qué contradice Cervantes la información de sus fuentes poniendo en boca del ama un conocimiento sobre las intenciones de Alonso Quijano que no se corresponde con lo que se dice sobre Iñigo?

Sencillamente porque, aunque las fuentes digan lo contrario, los propósitos secretos de Iñigo sí se conocían.

Tanto en el Relato como en la Vida aparecen datos muy claros sobre cómo la familia de Iñigo fue percatándose de su mutación. En el Relato se recoge expresamente

Así desde aquella hora hasta el Agosto de 53 que esto se escribe, nunca más tuvo ni un mínimo consenso en cosas de carne; y por este efeto se puede juzgar haber sido la cosa de Dios, aunque él no osaba determinarlo, ni decía más que afirmar lo susodicho. Mas así su hermano como todos los demás de casa fueron conociendo por lo exterior la mudanza que se había hecho en su ánima interiormente” (R, 10)

Tan expreso como el Relato, aunque como siempre más fantasioso, se manifiesta Ribadeneyra

<sup>881</sup> “Solo tiene que aprovecharse de la imitación, en lo que fuere escribiendo, que cuanto ella fuere más perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere” (QI, Prólogo)

*Pues, estando ya con estos propósitos y deseos, y andando como con dolores de su gozoso parto su hermano mayor y la gente de su casa fácilmente vinieron a entender que estaba tocado de Dios y que no era el que solía ser, porque, aunque él no descubría a nadie el secreto de su corazón, ni **hablaba** con la lengua, pero **hablaba** con su rostro, y con el semblante demudado y muy ajeno del que solía. Especialmente viéndole en continua oración y lección, y en diferentes ejercicios que los pasados, porque no le gustaba ya de gracias ni donaires, sino que sus palabras eran graves y medidas, y de cosas espirituales y de mucho peso, y se ocupaba buenos ratos en escribir” (Vida I, II)*

Si a esta información añadimos la recogida más arriba sobre la conversación con el hermano mayor (“Olió el negocio Martín García de Loyola, su hermano mayor, y dióle mala espina”...), queda muy claro que la familia de Iñigo sí conocía sus pretensiones, porque, como dice Ribadeneyra, aunque a nadie descubría su secreto (“*ni hablaba con la lengua*”), sí “***hablaba con su rostro***”, tal vez, por esa razón, la información que posee el ama sobre los propósitos de Alonso Quijano, no procede de haberle espiado, sino de “haberle oído decir muchas veces, **hablando entre sí**, que quería hacerse caballero andante”.

Ambos viven tan alienados y absortos en sus arrebatos que ni se percatan de la presencia de personas a su lado. Porque los dos no solo leen, escriben y meditan continuamente, sino que tienen la costumbre, como ha dicho el ama, de hablar entre sí

-“Mas todo su discurso era decir consigo” (R, 7).

-“*no se pudo contener de lágrimas, diciendo entre sí*” (Vida I, IV).

-“*comenzó a examinarla y a pensar y a decir entre sí*” (Vida I, XIII).

El emotivo piropo del ama (“el más **delicado entendimiento** que había en toda la Mancha”) es una especie de graciosa conclusión de Cervantes en respuesta a la suma de elogios atribuidos a Iñigo en el Relato (“mire cuánta esperanza tiene dél la gente, y cuanto puede valer, y otras palabras semejantes”) y, especialmente, a las hiperbólicas lindezas, ya conocidas, de la Vida (“*Todas las cosas (dice) en vos, hermano mío, son grandes, el ingenio, el juicio, el ánimo, la nobleza y favor y cabida con los príncipes, la buena voluntad que os tiene toda esta comarca, el uso y experiencia de las cosas de la guerra, el aviso y prudencia, vuestra edad que está ahora en la flor de la juventud, y una expectación increíble fundada en estas cosas que he dicho, que todos tienen de vos*”).

Sin cortarse un pelo, Ribadeneyra extiende la admiración y casi veneración del hermano mayor a “*los príncipes*” y a “*a **toda** esta comarca*”, razón por la que el ama elogia a don Quijote como el más...de “**toda** la Mancha”.

Igualmente irónica resulta la expresión “el más **delicado entendimiento**”, pues también a Loyola se le atribuyen en la Vida “*delicadezas*”<sup>882</sup> y un sabio y soberano “*entendimiento*”<sup>883</sup>.

<b>VIDA</b>	<b>QUIJOTE</b>
<i><u>diciendo entre sí</u></i>	<i><u>hablando entre sí</u></i>
<i>lleno de documentos y delicadezas en materia de espíritu</i>	el más delicado entendimiento
<i>la buena voluntad que os tiene <u>toda esta</u></i>	el más delicado entendimiento que había

<sup>882</sup> “El cual está tan lleno de documentos y **delicadezas** en materia de espíritu y con tan admirable orden, que se ve bien la unión del Espíritu santo haberle enseñado, y suplido la falta de estudio y doctrina” (Vida I, VIII)

<sup>883</sup> “de aquí se siguió una lumbre y sabiduría soberana que nuestro Señor infundió en su **entendimiento**” (Vida I, II)

Señalar, por último, que cuando el ama exagera las dimensiones geográficas de las aventuras de don Quijote (“irse a buscar las aventuras por esos mundos”), está utilizando una frase hecha, con matiz peyorativo, que puede no referirse a grandes distancias, pero que, en este caso, parece aludir sutilmente a los largos viajes que caracterizarán las peregrinaciones de Loyola por el llamado viejo mundo.

Ahí, en la sutil sugerencia geográfica (“*toda esta comarca*” / “*toda la Mancha*”) puede también intuirse el sentido metafórico de la Mancha, la analogía entre el lugar de nacimiento de Iñigo y el atribuido, simbólicamente, a don Quijote.

En general, el rechazo del ama a las intenciones caballerescas de don Quijote fluye paralelo al mostrado por la familia de Loyola a sus propósitos religiosos. El ama, e inmediatamente la sobrina, ambas trasunto de los familiares de Loyola, culpan a los libros de todas las veleidades de don Quijote, e inician en estos párrafos, junto al cura y al barbero, la transición temática que, como se ha dicho y veremos enseguida, se desarrollará, en los próximos capítulos, con el expurgo y quema de la biblioteca, símbolo de la represión ideológica sufrida por Loyola a su llegada a Alcalá.

Por ahí debe entenderse la expresión del ama cediendo los libros a Satanás y a Barrabás, libros endemoniados que han echado a perder a don Quijote y con los que no quiere relación alguna, sobre todo delante de la autoridad simbólica cura-barbero. Tanto ella como la sobrina van a dar inmediatamente exageradas muestras de distanciamiento, de no tener nada que ver con algo que era propiedad exclusiva de don Quijote y que, como reconocerán enseguida, debieron haber denunciado antes.

### COMO SI FUESEN HEREJES

Cumplido, pues, el propósito de señalización y recreación en la primera salida, en el ambiente familiar y social en el que se fraguó el cambio de Iñigo a Ignacio, Cervantes continúa con el objetivo de parodiar, paralela y sincronizadamente, el contenido del Relato, de forma que estos últimos párrafos del capítulo cinco son una especie de recomposición, un reenganche a los momentos previos al ambiente preprocesal que Loyola vivirá en Alcalá donde, al poco tiempo de llegar, procedente primero de Jerusalén y después de Barcelona (no olvidar la alusión del ama a estos viajes con la expresión “irse a buscar las aventuras por esos mundos”), comienza una labor apostólica que, inmediatamente, encuentra la oposición de la Iglesia, represora de cualquier movimiento ajeno a la más pura ortodoxia y, especialmente, a todo lo relacionado con Lutero y, después, con Erasmo, cuyos libros pasaron, en apenas unos años, de ser muy recomendados a considerarse heréticos.

Desde ahora, y en cierta medida, los libros ocuparán el lugar de las personas y sufrirán una persecución en toda regla, pues comparecen como símbolo de las vicisitudes vividas por los humanistas españoles de la época. Por eso el visceral ataque iniciado por el ama (“estos malditos libros”) es continuado inmediatamente y con mayor intensidad (“y aún decía más”) por la sobrina

La sobrina decía lo mismo, y aún decía más:

-Sepa, señor maese Nicolás (que este era el nombre del barbero), que muchas veces le aconteció a mi señor tío estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos días con sus noches, al cabo de los cuales arrojaba el libro de las manos, y ponía mano a la espada, y andaba a cuchilladas con las paredes; y cuando estaba muy cansado decía que había muerto a cuatro gigantes como cuatro torres, y el sudor que sudaba del cansancio decía que era sangre de las heridas que había recibido en la batalla, y bebíase luego un gran jarro de **agua**

fría, y quedaba **sano** y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le había traído el sabio Esquife, un grande encantador y amigo suyo.

Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé a vuestras mercedes de los disparates de mi señor tío, para que los remediaran antes de llegar a lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros, que tiene muchos que bien merecen ser abrasados, como si fuesen de herejes.

Lo primero que llama la atención es la sutileza con que en el discurso de la sobrina vuelve a establecerse una relación paralela entre los inicios de Iñigo y Quijana antes de convertirse en Ignacio y Quijote respectivamente, pues ambos leen libros sin control y se influyen tanto con dichas lecturas que llegan a imitar, todavía en sus aposentos, a sus héroes favoritos.

Se dice expresamente tanto en el Relato como en la novela

RELATO	QUIJOTE
Por <u>los cuales leyendo muchas veces</u> , algún tanto se aficionaba a lo que allí hallaba <u>escrito</u> . Mas dejándolos de <u>leer</u> , algunas veces se paraba a pensar en las cosas que había <u>leído</u> ; otras veces en las cosas del mundo que antes solía pensar.	<u>muchas veces</u> le aconteció a mi señor tío estarse <u>leyendo</u> en estos desalmados <u>libros</u> de desventuras dos días con sus noches, al cabo de <u>los cuales</u> arrojaba el <u>libro</u> de las manos, y ponía mano a la espada

Así como Iñigo se aficionaba a lo escrito y pasaba tres y cuatro horas embebido en pensar los hechos de armas que haría en servicio de su señora o en imitar las hazañas de san Francisco o santo Domingo, Alonso Quijano, tras permanecer leyendo dos días con sus noches, suelta el libro y coge la espada para imitar a sus héroes.

Pero tras las lecturas, Iñigo no solo pensaba y soñaba con imitar a sus héroes sino que en un momento dado, durante la noche, tuvo una aparición de la “*esclarecida y soberana Reina de los Ángeles, que traía en brazos a su preciosísimo Hijo, y con el resplandor de su claridad le alumbraba, y con la suavidad de su presencia le recreaba y esforzaba. Y duró buen espacio de tiempo esta visión*”. Iñigo vio cómo se realizaba en su propia carne uno de los milagros que había leído. Algo muy similar a lo ocurrido, según la sobrina, a Alonso Quijano que, en sus desvaríos, llega a creer que ha matado gigantes y confunde su propio sudor con sangre de las heridas que le han hecho en la batalla.

Nuevo pretexto para aludir al socorro, al tópico caballeresco de la “preciosísima bebida” que sana tan inmediatamente como el recurrente y archiexplotado tópico religioso del agua bendita

*Y es cierto que el mismo Señor, que con tanta paciencia en Europa sufría y disimulaba los desacatos y oprobios de los herejes que habemos contado, en el mismo tiempo obraba en las Indias maravillas por medio de las cruces e imágenes y sacramentos que los herejes acá perseguían y que puesto el santísimo cuerpo de Jesu Cristo, nuestro Redentor, en los templos, enmudecía a los demonios, los cuales desaparecían y no hablaban de allí adelante (como antes solían) a los Indios, y que con la señal de la santa cruz, y con el agua y cuentas benditas sanaron muchos enfermos (Vida II, XIX).*

Demonios hablando a los indios y aguas sanadoras, ¿no es eso más quimérico y fantasioso que todas las veleidades de don Quijote? Hay tres claros referentes repetidos en los dos textos: sanar, agua y herejes, además del mismo ambiente de imaginación disparatada en torno a un agua milagrosa, claro preludio del famoso bálsamo de



Fierabrás, también inspirado, como se verá más adelante, en otro licor de la Vida, donde aparecen curaciones tan fantásticas como las referidas por don Quijote.

Veamos otro ejemplo de los muchos con los que Ribadeneyra trata de convencer a los lectores de la verdad y el permanente apoyo y poder divino con que cuentan los de la Compañía

*él vio por sus ojos traer al padre Francisco muchos enfermos de varias enfermedades y que, en haciendo sobre ellos la señal de la cruz, o echándoles un poco de agua bendita, a la hora quedaban todos sanos; y así decía que los japoneses le tenían por más que hombre y como cosa enviada del cielo (Vida IV, VII).*

No solo en los libros de caballerías aparecen seres y actuaciones maravillosas y fantásticas, también en los libros religiosos se sana al instante a “muchos enfermos” con solo “la señal de la cruz” o “un poco de agua bendita”.

El paralelismo entre las palabras de Ribadeneyra y las de la sobrina es total, gracias no solo a la utilización del mismo verbo, sino a la ambigüedad del lenguaje cervantino que, aunque parece referido a la locura caballeresca, siempre sugiere la ambivalencia, la lectura profunda que, a pesar de la breve paráfrasis, sigue centrada en la situación preprocesal de Loyola en Alcalá, tal como apunta el suspicaz y amenazante lenguaje de la sobrina, supuestamente alusivo a los libros de caballerías.

Sin embargo, la sensación es que su ataque frontal no es solo contra los libros de caballerías sino contra “todos” pues, sin conocer el contenido de la biblioteca, no duda en sugerir que se “quemaran todos estos descomulgados libros, que tiene muchos que bien merecen ser abrasados, como si fuesen de herejes”, frase en la que se concentran cuatro alusiones directas a la acción inquisitorial sobre los libros prohibidos e, indirectamente, sobre las personas perseguidas por incumplimientos legales o rebeldía a los mandatos apostólicos.

<b>VIDA</b>	<b>QUIJOTE</b>
<i>-con el <b>agua</b> y cuentas benditas <b>sanaron</b> muchos enfermos -echándoles un poco de <b>agua</b> bendita, a la hora quedaban todos <b>sanos</b></i>	bebíase luego un gran jarro de <b>agua</b> fría, y quedaba <b>sano</b>
<i>maravillas por medio de las cruces e imágenes y sacramentos que los <b>herejes</b> acá perseguían</i>	tiene muchos que bien merecen ser abrasados, como si fuesen de <b>herejes</b>

Empieza, pues, a percibirse con claridad el sentido simbólico de este esperpéntico grupo formado por un cura, un barbero (a quien, aunque solo sea de forma coloquial, se le otorga el título de ‘maestro’, docto en cualquier ciencia, arte u oficio) y dos mujeres, analfabetas, encargadas de estimular y ejecutar las sentencias del alegórico tribunal que acaba de constituirse para el gran auto de fe al que asistiremos al final de este capítulo y en los dos siguientes.

### **CULPA Y COLABORACIONISMO**

Precisamente la sobrina, en la última parte de su intervención, da muestras de un gran complejo de culpa (“yo me tengo la culpa de todo”) por no haber avisado “a vuestras mercedes de los disparates de mi señor tío, para que los remediaran antes de llegar a lo que ha llegado”.

Para defenderse, se culpa de negligencia, de no haber actuado como debiera, de no haber delatado a don Quijote por la posesión de unos libros que, aparentemente y según

veremos, eran ignorados por todos. Anda, pues, reprochándose no haber colaborado con la Inquisición, que impuso la “delación generalizada de vecinos, conocidos, amigos e incluso familiares próximos”<sup>884</sup> como un valor ético. “Los archivos del Santo Oficio, como los del KGB, rebosan de documentos de toda índole sobre esa actividad promovida y ensalzada por las autoridades religiosas católicas y las del régimen soviético”<sup>885</sup>.

Fue una práctica tan terrible que la gente, como hace la sobrina, se autoinculpaba: “Hacia mediados del siglo XVI y principios del XVII, se llevaron a cabo en España una serie de procesos contra la hechicería. En 1610 por ejemplo, se realizaron procesos y autos de fe contra las brujas del pueblo vasco-navarro de Zugarramurdi, a cargo del inquisidor don Juan Valle Alvarado. Estos y otros procesos que siguieron efectuándose hasta 1620 en la región de Navarra se hicieron famosos. La delación de personas que acusaban a otras de practicar la nigromancia produjo tal pánico que incluso los que eran inocentes confesaban el delito. Según Alfonso Otazu, los procesos navarros condujeron al “desencadenamiento de un terror colectivo, a una especie de Gran Miedo, al que las comunidades campesinas se sometían durante el tiempo que durasen los procesos.”<sup>886</sup>

Vivimos, pues, en la novela, el ambiente de ‘Gran Miedo’ que predispone a las mujeres a la colaboración total con los represores<sup>887</sup>, y eso es también lo que deben estar apreciando en silencio don Quijote y el labrador desde el corral, de forma que, ahora mismo, la ‘locura’ y el cansancio-dolor que inmediatamente mostrará en cuanto se les descubra, parece transitoriamente dominado por el interés en conocer lo que se habla dentro de la casa. Un contrasentido narrativo cuyo objetivo es volver a orientar sobre el valor simbólico de unos hechos que evocan la tensión general reinante en la España del XVI y, más concretamente, los momentos preprocesales de Loyola en Alcalá donde, como ya sabemos, llegó, procedente de Barcelona, con la intención de continuar los estudios iniciados en la ciudad Condal.

Antes del viaje a Jerusalén, durante la estancia en Manresa, la fama del noble caballero (conocido como el “hombre del saco” o “el loco por Cristo”) se había extendido por toda la comarca, especialmente entre algunas mujeres, de distintos niveles sociales, que quedaron prendadas de su autenticidad, de su cristianismo apostólico.

A la vuelta de Jerusalén dicha fama se incrementó, de forma que, durante el año y pico de permanencia en Barcelona, sus amistades y prestigio se multiplicaron, sobre todo entre gente heterodoxa, gente idealista y crítica que buscaba alternativas, nuevas maneras de vivir la espiritualidad y que coincidían, en parte, con la renovación propuesta por Erasmo para luchar contra el avance de la herejía.

---

<sup>884</sup> Goytisoló 2010.

<sup>885</sup> Goytisoló 2010.

<sup>886</sup> García Chichester 1983.

<sup>887</sup> “Los principios de la instrucción inquisitorial fueron la consideración de que nadie denunciaba a su prójimo sin razones y que el afectado tenía que demostrar la inocencia del delito del que había sido acusado. Una vez el delito conocido por el tribunal, el denunciante no tenía influencia alguna sobre el proceso, no podía ni retirar la denuncia, ni perdonar, ni mitigar la sentencia. Era Dios el ofendido. Una denuncia al Santo Oficio era un acto irreversible que escapaba a su protagonista [...] El Santo Oficio se mostraba muy comprensivo con la exageraciones de sus informadores y las condenas por falso testimonio son rarísimas [...] Una vez concluida esta fase indiciaria, en la cual el reo o bien no tenía ninguna noticia o bien había sido encarcelado –se contemplaba el encarcelamiento en este punto si había peligro de fuga– y permanecía incomunicado sin saber de qué se le acusaba [...] El secuestro de bienes debía acompañar necesariamente al encarcelamiento ya que el resultado de la venta de esos bienes era necesario para pagar los gastos de captura y manutención del reo.” García Cárcel- Moreno Martínez 2001: 164-6.

El aburguesamiento y apego al poder terrenal de la Iglesia católica tuvo dos frentes. Primero el abierto por Lutero, de signo separatista, como reacción al materialismo eclesiástico anticristiano; después el abierto por Erasmo, de tipo unionista, como reacción a la misma idea de alejamiento de Cristo pero, a su vez, contra la soberbia de un Lutero capaz de fomentar un cisma debilitador de Roma. No obstante, Erasmo coincidía con él en la necesidad de reformar la corrupción eclesiástica y monacal que había dado lugar a la reacción protestante.

Pues bien, como se verá más adelante, Loyola contactó en Barcelona con grupos de estas últimas tendencias, acordes con su vida y el comportamiento que predicaba. Él practicaba rigurosamente el cristianismo radical y comprometido propugnado por Erasmo, era un ejemplo viviente del más puro cristianismo apostólico.

Cuando, por consejo de los profesores, abandonó Barcelona para continuar los estudios en la universidad de Alcalá, ya gozaba de fama como orientador espiritual, de hombre muy católico pero en la línea de reivindicar una vuelta a los orígenes, a la ascética, al compromiso social y a la autenticidad humana.

En esas circunstancias llega a Alcalá, procedente de la siempre más libre y abierta Barcelona, convertido en un heterodoxo, no porque lo fuera, pues el erasmismo es solo una forma razonable de catolicismo, de dogmatismo afable donde se permite discrepar, sino porque a los ojos del hermetismo ortodoxo reinante en Castilla, la más mínima divergencia debía eliminarse.

Aparece, pues, en Alcalá con un bagaje de experiencias vividas en el trayecto de un largo viaje en el que ha comprendido muchas cosas, que le ha purgado de dogmatismos y le ha hecho más humilde y, a la vez, más espiritual, porque de eso, solo de espiritualidad se mantuvo desde que salió de Montserrat.

Curiosamente, también los años jóvenes de Cervantes transcurren entre viajes y sacrificios. Desde que en 1569, con poco más de veintidós años, huyera de España, hasta que, tras una larga ‘ascética’, como militar y cautivo, vuelva en 1580, debió sufrir bastante. Y cuando regresa, con la esperanza de una vida en libertad, se encuentra con que las cosas habían empeorado mucho.

El temor herético sirvió de excusa para fomentar el odio a cualquier idea, libro o pensamiento que pudiera dar pábulo a sospechas de heterodoxia o de la menor disidencia. La batalla por el pensamiento único, por la homogeneidad religiosa, se encontraba en su apogeo y hasta los mismos religiosos fueron víctimas de un gigantesco sectarismo que no admitía la más mínima divergencia.

A ese trasfondo responde la auto reprimenda de la sobrina de don Quijote, ella debió llamar antes a sus amigos, al cura y al barbero, debió delatar a su tío, informar del cambio ideológico, de los ‘disparates’ (deriva de ‘dispar’, que significa “no tener paridad ni igualdad con la razón”) que, a través de los libros, estaban gestándose en su cabeza, “para que los remediaran antes de llegar a lo que ha llegado”. Ahí puede apreciarse la evolución ideológica hacia la cerrazón.

La biblioteca, crecida libremente, ahora se muestra como una presencia inquietante, como la causa de un mal que, para evitarse, debió ser denunciado ante quienes administran el saber, de forma que, tras las palabras de la sobrina, tras la entente vecinal que propone, se oculta, un acto de reconocimiento y sumisión al poder coactivo, como lo prueba el hecho de que, tanto ella como el ama, van a cumplir las órdenes de los ‘superiores’ con el entusiasmo y radicalidad de los conversos o de los culpaacomplejados.

La sobrina, arrepentida, confiesa su culpa por no haber cumplido con la obligación de delatar ante los inquisidores a un sospechoso de herejía para que, antes de llegar a donde ha llegado, lo remediaran, el mismo verbo y la misma moralina paternalista utilizada

por Ribadeneyra con la intención de disculpar y justificar las primeras pesquisas y actuaciones de los inquisidores contra Loyola en Alcalá

*Llegó la fama desto a los Inquisidores de Toledo, los cuales, como prudentes, temiendo desta novedad en tiempo tan sospechoso, y queriendo, como cuidadosos, remediar el mal, si alguno hubiese, con otra **ocasión** o sin ella vinieron a Alcalá, y hicieron diligentísima pesquisa de la doctrina, vida y ocupaciones de nuestro Ignacio, y formaron el proceso. (Vida I, XIV).*

La fama de las actividades de Loyola llega hasta los inquisidores de Toledo, los cuales, como prudentes y temerosos guardianes de la fe, vienen a Alcalá (“*con otra ocasión o sin ella*”) para hacer pesquisas y remediar el mal antes de que se propague. Eso es realmente lo que escuchan, tan contradictoriamente quietos y en silencio, don Quijote y el labrador antes de manifestar su presencia: los rumores previos que desembocarán en la apertura del proceso seguido contra Loyola

VIDA	QUIJOTE
<i>Como prudentes, temiendo desta novedad en tiempo tan sospechoso, y queriendo, como cuidadosos, <b>remediar</b> el mal, si alguno hubiese</i>	no avisé a vuestras mercedes de los <u>disparates</u> de mi señor tío, para que los <b>remediaran</b> antes de llegar a lo que ha llegado

Tanto Ribadeneyra como la sobrina elogian y muestran absoluta sumisión a los ‘inquisidores’, halagados tanto por el primero (prudentes, temerosos o diligentes) como por la segunda (vuestras mercedes). Pero lo más llamativo es la disimulada forma utilizada por Ribadeneyra para mitigar la conflictiva fama de Loyola poniendo en duda que los inquisidores vinieran expresamente a por él.

Veamos la versión del Relato

Como arriba está dicho, había grande rumor por toda aquella tierra de las cosas que se **hacían** en Alcalá, y quién decía de una manera, y quién de otra. Y llegó la cosa hasta Toledo a los inquisidores; los cuales venidos Alcalá, fue avisado el peregrino por el huésped dellos, diciéndole que les **llamaban** los ensayalados, y creo que alumbrados; y que habían de **hacer** carnicería en ellos. Y ansí empezaron luego **hacer** pesquisa y proceso de su vida, y al fin se volvieron a Toledo sin **llamarles**, habiendo venido por aquel solo efecto; y dejaron el proceso al vicario Figueroa, que agora está con el emperador. (R, VI, 58).

Se menciona de forma específica la acusación que pesaba sobre ellos (“les llamaban los ensayalados, y creo que alumbrados”); se declara, igualmente, la animadversión con que los inquisidores, con minúscula, se dirigen a Alcalá (“habían de hacer carnicería en ellos”) y, además, se afirma que vinieron expresamente para investigar a Loyola y su grupo (“habiendo venido por aquel solo efecto”).

Además de eliminar el importante dato de alumbradismo y la idea preconcebida de los inquisidores, Ribadeneyra falta intencionadamente a la verdad al introducir una ambigua frase (“*con otra ocasión o sin ella vinieron a Alcalá*”) con la que trata de restar importancia al movimiento y a la investigación oficial de las acciones de Loyola.

En definitiva, la sobrina, utilizando jerga eclesiástica y sin saber de libros, opina sobre su influencia y contenido y, al igual que el ama, los cree culpables de la locura de don Quijote y merecedores de ser “abrasados, como si fuesen de herejes”, revelador detalle que, en pocas palabras, nos pone al corriente sobre la intencionalidad del grupo que el cura dirige y alecciona.

## OCASIÓN Y FEE

Esto digo yo también -dijo el cura-, y a **fee** que no se pase el día de mañana sin que dellos no se haga acto público y sean condenados al fuego, porque no den **ocasión** a quien los leyere de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho.

Ya en el capítulo uno se ofreció una primera información sobre este cura amigo de don Quijote que, a pesar de su “poco alcance”<sup>888</sup>, va a erigirse en juez y director de la quema de la biblioteca, convirtiéndose, desde este momento, y como trasunto de los inquisidores, en protagonista de la mayoría de los acontecimientos de los dos siguientes capítulos.

Su intención es quemar los libros para que no “den ocasión” a que otros hagan lo que su buen amigo “debe de haber hecho”.

Pero ¿qué ha hecho don Quijote? ¿No es esa imprecisa frase del cura una clara alusión a la incertidumbre con que se iniciaban los procesos?

Ha utilizado la palabra “ocasión”, aparecida en el fragmento anterior de la Vida (“*con otra ocasión o sin ella vinieron a Alcalá*”), y con la que Ribadeneyra pretende crearnos la duda sobre si los inquisidores vinieron a Alcalá expresamente en busca de Loyola (lo que supondría que el asunto era importante) o si iniciaron el proceso casi por casualidad.

Igualmente sugerente es la locución adverbial “a **fee**” (‘en verdad’), utilizada por el cura para garantizar la actuación inmediata contra la biblioteca, aunque también astutamente escogida por Cervantes para sugerir la causa, el trasfondo teológico del proceso abierto a Loyola y sus compañeros, que serán condenados a no hablar “de cosas de la **fee** dentro de 4 años que hubiesen más estudiado”

RELATO	VIDA	QUIJOTE
	<i>con otra ocasión o sin ella vinieron a Alcalá</i>	porque no den <b>ocasión</b> a quien los leyere
<u>no hablasen de cosas de la <b>fee</b> dentro de 4 años que hubiesen más estudiado, pues que no sabían letras</u>		y a <b>fee</b> que no se pase el día de mañana sin que dellos <u>no se haga acto público</u>

Las intenciones del cura coinciden, pues, con las de los inquisidores, van a tiro hecho, sin otra incriminación que murmuraciones, o mala fama, y con la idea fija de condenar, de quemar sin ni siquiera haber examinado la biblioteca, convencidos de que encontrarán lo que andan buscando: los libros de caballerías que han vuelto loco a su amigo. O los libros e ideas erasmistas, o de alumbrados, causantes de haber debilitado la fe del grupo de Loyola; fe entendida por esa oligarquía espiritual como una sumisión absoluta a todo cuanto diga o haga la Iglesia, la negación, insistimos, no de la disidencia, sino del más mínimo criterio individual.

La promesa del cura de que no pase de mañana el inicio del expurgo, adquiere todo su sentido cuando, gracias a la ambigüedad del lenguaje coloquial, se nombra, como graciosa y metafóricamente, la más terrible amenaza que la gente podía escuchar en la España del siglo XVI: “acto público [...] lectura y ejecución pública de la sentencia de un tribunal, y especialmente las de la Inquisición en auto de fe”<sup>889</sup>.

<sup>888</sup> “El ocio y el poco alcance del eclesiástico se revelan en las conversaciones que éste tiene con don Quijote acerca de temas tan nimios como los debates <<sobre cuál habría sido mejor caballero: Palmerín de Inglaterra o Amadís de Gaula>> (I, I), pues, aunque afirma a cada paso la mala influencia de los libros de caballerías, él se excluye de su influjo” López Landeira 1973: 117.

<sup>889</sup> Quijote 1998: 30: 75.

Si a ello se añade la idea de ‘condenar al fuego’, comprobamos que en la intervención del cura se han utilizado los tres elementos claves (fe, acto público y condena al fuego) que identifican la amenaza del cura con el trasfondo procesal del momento de Loyola en Alcalá, también amenazado, avisado, según el Relato, de la posible apertura de un proceso cuyo último episodio podía ser la lectura de la sentencia en un auto de fe con posibilidades de ser condenado a la hoguera por motivos heréticos

RELATO	QUIJOTE
Y llegó la cosa hasta Toledo a los inquisidores; los cuales venidos Alcalá, fue avisado el peregrino por el huésped dellos, diciéndole que les llamaban los ensayalados, y creo que alumbrados; y que <u>habían de hacer carnicería en ellos</u>	y a fee que no se pase el día de mañana sin que dellos no <u>se haga acto público y sean condenados al fuego</u>

En ambos casos se aprecia la existencia de un mismo tipo de amenaza inminente que, en el Relato, se presenta con la metáfora de una agresión cruel (“habían de hacer carnicería en ellos”) y, en la novela, con rotundas amenazas y alusiones a la intolerancia religiosa. En torno a esa acusación de “alumbrados”, o iluminados<sup>890</sup>, muy perseguida por la Inquisición, gira la parodia del final de este capítulo y los restantes, de ahí que don Quijote y su vecino continúen todavía en el patio, oyendo, a hurtadillas, lo que dentro se habla y se trama contra él pues, a partir de ahora, el recinto cerrado de la casa servirá de escenario para rememorar la persecución del grupo de Loyola y, por extensión, la de otras muchas personas que padecieron similares procesos inquisitoriales.

## DETENCIÓN Y ENCARCELAMIENTO

Tras las amenazantes palabras del cura, intervine de nuevo el narrador

Todo esto estaban oyendo el labrador y don Quijote, con que acabó de entender el labrador la enfermedad de su vecino y, así, comenzó a decir a voces:

-Abran vuestras mercedes al señor Valdovinos y al señor marqués de Mantua, que viene malferido, y al señor moro de Abindarráez, que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narváez, alcaide de Antequera.

A estas voces salieron todos, y como conocieron los unos a su amigo, las otras a su amo y tío, que aún no se había apeado del jumento, porque no podía, corrieron a abrazarle. Él dijo:

-Ténganse todos, que vengo malferido, por la culpa de mi caballo. Llénenme a mi lecho, y llámese, si fuera posible, a la sabia Urganda, que cure y cate de mis heridas.

-¡Mirá, en hora maza –dijo a este punto el ama-, si me decía a mí bien mi corazón del pie que cojeaba mi señor! Suba vuestra merced en buen hora, que, sin que venga esa hurgada, le sabremos aquí curar. ¡Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerías, que tal han parado a vuesta merced!

Lleváronle luego a la cama, y, catándole las heridas, no le hallaron ninguna; y él dijo que todo era molimiento, por haber dado una gran caída con Rocinante, su caballo, combatiéndose con diez jayanes, los más desafortados y

<sup>890</sup> El iluminismo español “es una doctrina distinta e independiente del protestantismo. [...] en sentido amplio es un cristianismo interiorizado, un sentimiento vivo de la gracia” Bataillon 1979: 167.

**[ILUSTRACIÓN 6]**





atrevidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra.

-¡Ta, ta! -dijo el cura-. ¿Jayanes hay en la danza? Para mi santiguada que yo los queme mañana antes que llegue la noche.

Hiciéronle a don Quijote mil preguntas, y a ninguna quiso responder otra cosa sino que le diesen de comer y le dejasen dormir, que era lo que más le importaba. Hízose así, y el cura se informó muy a la larga del modo que había hallado a don Quijote. Él se lo contó todo, con los disparates que al hallarle y al traerle había dicho, que fue poner más deseo en el licenciado de hacer lo que otro día hizo, que fue **llamar** a su amigo el barbero maese Nicolás, con el cual se vino a casa de don Quijote.

Desde el corral de la casa, escuchando lo que se habla dentro, el vecino de don Quijote acaba, por fin, de comprender su estado.

Ya hemos dicho que se trata de una espera sorprendente, incoherente con la lógica narrativa pues, tras haber aguardado la llegada de la noche para evitar el qué dirán, ahora, en vez de llamar enseguida a la familia para socorrer a quien viene mal herido, el labrador se dedica a escuchar lo que se habla en el interior. Más que la actuación de un buen samaritano, parece la de un cómplice, alguien que, celosamente, protege y encubre algo más que la reputación del vecino herido y necesitado de ayuda, pues anda espiando quién está y qué se dice sobre él dentro de su propia casa.

Corto debía ser el labrador para no comprender, hasta ahora, el estado de don Quijote, eso al menos pretende hacernos creer el narrador pues, según él, hasta ese momento no “acabó de entender el labrador la enfermedad de su vecino”. Algo totalmente incongruente con la información recibida sobre este precavido y discreto personaje.

El caso es que solo entonces, cuando, por fin, comprende su enajenación, comienza a dar voces anunciando la llegada

-Abran vuestras mercedes al señor Valdovinos y al señor marqués de Mantua, que viene malherido, y al señor moro de Abindarráez, que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narváez, alcaide de Antequera.

Confundiendo a los personajes y personificando al que don Quijote le asignó en su momento, el labrador también parece haber perdido de pronto el juicio, porque ¿dónde ha ido a parar su discreta espera aguardando entrar en el pueblo? ¿A qué vienen esas voces y nombres pregonando la locura de su vecino y tan en contra de la cautelosa llegada? Ahora parece todo lo contrario, como si deseara que todo el mundo supiera que él ha ‘capturado’ al loco que andaba suelto.

Don Quijote llega, pues, a la casa herido y tendido en el burro y todos salen a abrazarle

A estas voces salieron todos, y como conocieron los unos a su amigo, las otras a su amo y tío, que aún no se había apeado del jumento, porque no podía, corrieron a abrazarle, él dijo

La idea del abrazo como metáfora del encarcelamiento de Loyola, de su desactivación como peligro ideológico, parecería disparatada si no volviera a repetirse claramente en el capítulo siete donde, como se verá, resulta casi evidente que no se trata de un abrazo afectivo, sino de una cuestión represiva, de fuerza para que no se mueva en libertad (“abrazáronse con él y por fuerza le volvieron”)

Como el beso de Judas, el abrazo es un símbolo de apresamiento. A partir de ahora la parodia se desarrolla en dos tiempos que los personajes invocan con matices sugerentes de sus discursos; uno correspondiente a los momentos de la convalecencia de Iñigo en la casa-torre, el otro relativo al acoso y prisión de Loyola en Alcalá.

Tras ser, pues, efusivamente abrazado, el mismo don Quijote, al informar de su situación física, vuelve a favorecer la coincidencia con la de Iñigo a la vuelta de Pamplona, tan mal herido de las piernas que no puede moverse y necesita que le ‘lleven’

-Ténganse todos, que vengo malferido, por la culpa de mi caballo. Llénenme a mi lecho, y llámese, si fuera posible, a la sabia Urganda, que cure y cate de mis heridas.

Ya confirmó el narrador que “no se había apeado del jumento, porque no podía”. Ahora él mismo solicita ayuda para llegar a la cama (“Llénenme a mi lecho”), se encuentra, como Iñigo, herido e imposibilitado para valerse, y el único remedio que demanda es llamar, a ser posible, “a la sabia Urganda”, esposa del sabio Esquife (“deformación de Alquife”<sup>891</sup>), citado anteriormente por la sobrina como “un grande encantador y amigo suyo”. Don Quijote apela a la ayuda de un amigo que, mágicamente, le cure las heridas, otra nueva alusión al ya conocido ‘milagro’ con el que san Pedro (a quien “*Ignacio le había tenido por particular patrón y abogado, y como a tal le había reverenciado y servido*”) salvó la vida a Iñigo. El trato “*particular*” dispensado por el apóstol a Iñigo es lo que el narrador, en boca de la sobrina, ha traducido como la amistad con el sabio Esquife de la que hace gala don Quijote (‘grande amigo suyo’).

Y así como san Pedro, con su aparición, vino a ayudar y a favorecer a Iñigo (“*le venía a favorecer y le traía la salud*”), don Quijote sana con la “preciosísima bebida que le había **traído** el sabio Esquife” y que ya hemos comparado más arriba con el agua bendita con la que, según Ribadeneyra, “*sanaron muchos enfermos*”.

Sobre esos poderes milagrosos gira, más o menos, el trasfondo de la solución mágica propuesta por don Quijote, de ahí que el ama, ofendida por una salida tan fuera de la tradición católica, del orden establecido, vuelva a intervenir todavía más airadamente

-¡Mirá, en hora maza –dijo a este punto el ama-, si me decía a mí bien mi corazón del pie que cojeaba mi señor! Suba vuestra merced en buen hora, que, sin que venga esa hurgada, le sabremos aquí curar. ¡Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerías, que tal han parado a vuestra merced!

La expresión del ama (“del pie que cojeaba mi señor”), con la que familiar y figuradamente se alude de forma peyorativa a la excesiva afición de don Quijote a los libros de caballerías, permite, gracias a su ambigüedad, volver a nombrar lo innombrable, hacer que el tema de fondo aflore a la superficie coincidiendo con el momento histórico, con el final de la parodia sobre la herida de Pamplona y sus consecuencias. De nuevo la magia del lenguaje cervantino, tan versátil y dúctil, tan simbólico cuando parece real y tan real cuando parece metafórico, permite mentar la cojera, el rasgo físico que vincula explícita y definitivamente las figuras de Iñigo-Ignacio y don Quijote.

Pero, entonces, ¿don Quijote es cojo?

Dando un breve repaso a lo comentado hasta ahora y recurriendo, por una vez, al análisis global de la Primera Parte de la novela, veamos si Cervantes aporta datos suficientes para reforzar la ambigua afirmación del ama.

## COJERA DE DON QUIJOTE

La simple alusión a la cojera de don Quijote carecería del más mínimo rigor si Cervantes no proporcionara sutiles y suficientes indicios para la sospecha. Acabamos de analizar la relación existente entre la última parte de este capítulo cinco y los primeros del Relato y la Vida, los que contienen la información sobre las heridas recibidas por Iñigo durante el asedio de los franceses a la fortaleza de Pamplona.

Información a la que Cervantes le otorga bastante importancia, pues vuelve en varias ocasiones sobre un asunto cuya trascendencia solo es comprensible si establecemos una

---

<sup>891</sup> Quijote 1991: 15: 107.

relación causa-efecto entre la heridas de Iñigo y su futuro espiritual, entre la imposibilidad de continuar en la carrera militar y el cambio de rumbo en busca de una salida que, de alguna manera, encauzara el ímpetu de un hombre valeroso e imaginativo. Lo explica Marcuse, uno de los biógrafos devotos de Loyola: “Todo el mundo siente el impulso de llegar por el camino más corto a satisfacer sus anhelos. Los golpes del destino no hacen cambiar a nadie: solo destruyen el decorado, pero en la nueva escena actúa la antigua energía. En medio del camino el caballero Iñigo se topa de repente con una barrera infranqueable, pero ahora se le abre otra senda que le lleva a la antigua meta. Como sucesor de Domingo y de Francisco puede brillar también, puede batir marcas de voluntad, incluso cojeando de una pierna. Siguiendo al caudillo, al grande, al emperador Cristo, él, el caballero Loyola, ataviado con un modesto uniforme recorrerá el camino de la fama, a pesar de la bombarda de Pamplona.”<sup>892</sup>

“brillar”, “batir marcas”, “camino de la fama”. Por obra de las circunstancias y unos libros, el impulso material, guerrero de Iñigo, se trasmuta en espiritual, de forma que la minusvalía física condiciona y determina el después. ¿Lo entendió así Cervantes? Analicemos las posibles alusiones a este asunto en el Quijote de 1605.

### LA CAÍDA

Hemos visto que en el capítulo cuatro ocurren dos sucesos consecutivos. Primero el episodio de Andrés el apaleado y, después, el encuentro de don Quijote con los mercaderes toledanos.

Dicho encuentro, y encontronazo, finaliza con don Quijote rodando por el suelo a causa de la caída de su caballo, símbolo, como indican los referentes ya comentados, de la caída de Iñigo en la fortaleza, de donde sale ‘*tendido*’, en la misma posición que mantendrá en los próximos meses y en la que don Quijote, también ‘*tendido*’, permanecerá, simbólicamente, desde la caída del caballo hasta casi la segunda salida.

También hemos visto que el diagnóstico del narrador sobre la salud de don Quijote (“molido”, “casi deshecho”, con todo el cuerpo “brumado” e incapacitado para levantarse) guarda cierto paralelismo con las formas hiperbólicas utilizadas en la Vida para describir el estado de la pierna de Iñigo (“*desjarretó, y casi desmenuzó*”).

Aunque el narrador resalta la intención del mozo de apalea a don Quijote en las costillas, los datos apuntan a que ha debido afectarle a otras partes del cuerpo, concretamente a las piernas, como constata el narrador al principio del capítulo cinco al especificar “que en efeto no podía menearse”, verbo empleado en la Vida para describir la situación de invalidez de Iñigo (“*sin menearse*”).

El encuentro del labrador con su vecino Quijana favorece nuevas analogías, la principal es que Iñigo “**no podía tenerse bien sobre la pierna**” (R), o “**no podía andar, ni tenerse sobre sus pies**” (V), prácticamente el mismo estado en que se encuentra Quijana, “que de puro molido, y quebrantado **no se podía tener sobre** el borrico” (Q).

Don Quijote ni puede subirse solo, ni puede tenerse “sobre el borrico” porque, probablemente, la herida en las piernas le impide montar, tal como sugiere la frase análoga creada por Cervantes para propiciar la asociación de ideas.

Concluimos, pues, como hicimos más arriba, que la base paródica del episodio es la incapacitación de las extremidades inferiores de ambos personajes y el traslado de vuelta a casa en posiciones semejantes, Iñigo semitendido en una litera y Quijana mal montado, atravesado como costal de basura, la forma más parecida a la posición de Iñigo.

---

<sup>892</sup> Marcuse 1997: 40.

Poco después el labrador informa a la familia de que el señor Quijana viene mal herido, como lo confirma el hecho de que no pueda apearse solo del jumento. Y acto seguido el mismo don Quijote insiste en su incapacidad (“vengo mal herido” “Llévenme a mi lecho”) y solicita la intervención de Urganda, una petición en consonancia con la bebida que anteriormente le había proporcionado el sabio Esquife, las dos relacionadas con las intervenciones milagrosas que, según la Vida, ayudaron a Iñigo a salir del estado de gravedad en que se encontraba a causa de las sucesivas intervenciones en la pierna. Razón por la que el ama responde con esa frase genial y ambivalente con la que, ¡por fin!, el tema profundo (“me decía a mí bien mi corazón, del pie que cojeaba mi señor”) aflora con naturalidad gracias a la ambigua fraseología popular, al lenguaje externo. En definitiva, tanto el final del capítulo cuatro como el del cinco giran en torno al asunto de las heridas de Alonso Quijana y su relación con las heridas de Iñigo, ambos imposibilitados para andar o mantenerse en pie, incluso para cabalgar, pues las heridas en las piernas impiden montar a horcajadas.

### UNA ALEGORIA DISEMINADA

Cervantes volverá sobre la cojera en otras ocasiones, aunque siempre distanciadas y con mucha sutileza.

Recordemos que en el Relato se utiliza el verbo ‘quebrantar’ para definir el estado de la pierna de Iñigo tras recibir el impacto de la bala (“le acertó a él una bombarda en una pierna, quebrándosela toda”), pues bien, ese mismo verbo se emplea en varias ocasiones en la novela de 1605 para describir el estado físico de don Quijote

-Ferido, no –dijo don Quijote-, pero molido y quebrantado, no hay duda en ello (QI, 7).

- Quizá será de provecho para los quebrantamientos de huesos como lo es para las heridas (QI, XV)

-ha querido la fortuna, que no se cansa de perseguir a los buenos, ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado (QI, 16).

-quedóse dormido más de tres horas, al cabo de las cuales despertó y se sintió aliviadísimo del cuerpo y en tal manera mejor de su quebrantamiento que se tuvo por sano (QI, 17).

-Probó a subir desde el caballo a las bardas, pero estaba tan molido y quebrantado, que aun apearse no pudo (QI, 17).

-y él se acostó luego, porque venía muy quebrantado y falto de juicio (QI, 32)

No es casual que en casi todas esas ocasiones en las que se alude al quebrantamiento de don Quijote, el contexto siempre permita una lectura ambivalente, entre encontrarse desalentado, falto de fuerza, o roto, imposibilitado para moverse.

Pero, además, el asunto vuelve a emerger de forma más patente.

En el capítulo ocho y amparándose de nuevo en otra ambigua sutileza lingüística similar a la del ama, el vizcaíno reitera la cojera de don Quijote, diciéndole: “Anda, caballero que mal andes”.

Y volverá a hacerlo el cura cuando, echándole en cara al ventero sus malas influencias caballerescas, llame directamente cojo a don Quijote: “quiera Dios, que no cojeéis del pie que cojea vuestro huésped don Quijote” (QI, 32).

A la rotunda insistencia en la reveladora expresión puede también añadirse otra apreciación del narrador sobre las piernas de don Quijote: “las piernas eran muy largas, y **flacas**” (QI, 35), detalle que vuelve a coincidir con otra información de Ribadeneyra

sobre Loyola con la que explica tangencialmente la cojera: “*La otra pierna le quedó siempre tan flaca de la herida*”<sup>893</sup>.

Más enrevesada resulta la descripción de la pesada broma de Maritornes y la hija del ventero en QI, 43, prueba contundente de que el asunto de las piernas de Loyola es uno de los recursos paródicos presentes a lo largo de 1605.

Se trata de una ingeniosísima y compleja parodia sobre el fragmento de la Vida en que Ribadeneyra narra, a su manera, las torturas a las que, antes de la conversión, se sometió voluntariamente Iñigo para igualar la diferencia entre ambas piernas. Aunque conocemos de sobra los fragmentos, resulta imprescindible repetir en su totalidad el texto de la Vida

*Confesose enteramente de sus pecados la víspera de los gloriosos apóstoles san Pedro y san Pablo, y como caballero cristiano se armó de las verdaderas armas de los otros santos sacramentos, que Jesús Cristo nuestro Redentor nos dejó para nuestro remedio y defensa. Ya parecía que se iba llegando la hora y el punto de su fin; y como los médicos le dieseen por muerto si hasta la medianoche de aquel día no hubiese alguna mejoría, fue Dios nuestro Señor servido que en aquel mismo punto la hubiese. La cual creemos que el bienaventurado apóstol san Pedro le alcanzó de nuestro Señor; porque en los tiempos atrás siempre Ignacio le había tenido por particular patrón y abogado, y como a tal le había reverenciado y servido; y así se entiende que le apareció este glorioso apóstol la noche misma de su mayor necesidad, como quien le venía a favorecer y le traía la salud. Librado ya de este peligroso trance, se comenzaron a soldar los huesos y a fortificarse; mas quedábanle todavía dos deformidades en la pierna. La una era de un hueso que le salía debajo de la rodilla feamente. La otra nacía de la misma pierna, que por haberle sacado de ella veinte pedazos de huesos, quedaba corta y contrechada, de suerte que no podía andar, ni tenerse sobre sus pies. Era entonces Ignacio mozo lozano y pulido, y muy amigo de galas y de traerse bien; y tenía propósito de llevar adelante los ejercicios de la guerra que había comenzado. Y como para lo uno y para lo otro le pareciese grande estorbo la fealdad y encogimiento de la pierna, queriendo remediar estos inconvenientes, preguntó primero a los cirujanos si se podía cortar sin peligro de la vida aquel hueso que salía con tanta deformidad. Y como le dijiesen que sí, pero que sería muy a su costa, porque habiéndose de cortar por lo vivo, pasaría el mayor y más agudo dolor que había pasado en toda la cura, no haciendo caso de todo lo que para divertirle se le decía, quiso que le cortasen el hueso, por cumplir con su gusto y apetito. Y (como yo le oí decir) por poder traer una bota muy justa y muy pulida, como en aquel tiempo se usaba; ni fue posible sacarle de ello, ni persuadirle otra cosa. Quisiéronle atar para hacer este sacrificio y no lo consintió, pareciéndole cosa indigna de su ánimo generoso. Y estúvose con el mismo semblante y constancia, que arriba dijimos, así suelto y desatado, sin menearse, ni boquear, ni dar alguna muestra de flaqueza de corazón. Cortado el hueso, se quitó la fealdad. El encogimiento de la pierna se curó por espacio de muchos días, con muchos remedios de unciones y emplastos, y ciertas ruedas e instrumentos con que cada día le atormentaban, estirando y extendiendo poco a poco la pierna y volviéndola a su lugar. Pero por mucho que la desencogieron y estiraron, nunca pudo ser tanto que llegase a ser igual, al justo con la otra” (Vida I, I).*

---

<sup>893</sup> Vida IV, XVIII.

Para apreciar plenamente el paralelismo es aconsejable la lectura del capítulo 43 de la novela, al menos desde el comienzo de la pesada broma llevada a cabo por Maritornes y la hija del ventero. Puede resumirse así: estando don Quijote “fuera de la venta, armado y a caballo, haciendo la guarda, determinaron las dos de hacelle alguna burla”. Consistió en rogarle al caballero que introdujera el brazo por un agujero del pajar (a él le pareció ventana con rejas doradas) para que la señora del castillo pudiera acariciar su mano y desahogar así parte del amoroso deseo que le angustiaba.

Don Quijote, cortés y complaciente, no duda en satisfacer a la desconocida admiradora y, puesto en pie sobre la silla de Rocinante para alcanzar la ventana, entrega la mano a la supuesta señora, en realidad la guasona Maritornes que, cogiéndole la mano y haciéndole una lazada con un cabestro, le dejó “de pies sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero, y atado de la muñeca, y al cerrojo de la puerta, con grandísimo temor, y cuidado, que si Rocinante se desviaba a un cabo, o a otro, había de quedar colgado del brazo, y así no osaba hacer movimiento alguno; puesto que de la paciencia, y quietud de Rocinante, bien se podía esperar que estaría sin moverse, un siglo entero. [...] Con todo esto tiraba de su brazo, por ver si podía soltarse, mas él estaba tan bien asido, que todas sus pruebas fueron en vano. Bien es verdad, que tiraba con tiento, porque Rocinante no se moviese; y aunque él quisiera sentarse, y ponerse en la silla, no podía, sino estar en pie, o arrancarse la mano”.

En tan incómoda posición, y habiéndose alejado las burlonas muchachas del lugar, el caballero pasó toda la noche, hasta que al amanecer llegaron a la venta cuatro caminantes que, golpeando la puerta, despertaron al ventero

Sucedió en este tiempo, que una de las cabalgaduras en que venían los cuatro que llamaban, se llegó a oler a Rocinante, que melancólico, y triste, con las orejas caídas, sostenía sin moverse, a su estirado señor, y como en fin era de carne, aunque parecía de leño, no pudo dejar de resentirse, y tornar a oler a quien le llegaba a hacer caricias, y así no se hubo movido tanto cuanto, cuando se desviaron los juntos pies de don Quijote, y resbalando de la silla, dieran con él en el suelo, a no quedar colgado del brazo; cosa que le causó tanto dolor, que creyó, o que la muñeca le cortaban, o que el brazo se le arrancaba, porque él quedó tan cerca del suelo, que con los extremos de las puntas de los pies, besaba la tierra, que era en su perjuicio, porque como sentía lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigábase, y estirábase cuanto podía, por alcanzar al suelo; bien así como los que están en el tormento de la garrucha, puestos a toca no toca, que ellos mismos son causa de acrecentar su dolor, con el ahínco que ponen en estirarse, engañados de la esperanza que se les representa, que con poco más que se estiren llegarán al suelo.” (QI, 43).

Se aprecia, tanto en el fragmento de la Vida como en el de la novela, la presencia de una serie de vocablos poco comunes (atar, cortar, dolor, pies-piernas, atormentar y estirar) y que, de entrada, actúan como indicadores de una relación formal que invita, por otra parte, a la búsqueda de un contenido paralelo partiendo de un primer dato significativo: la situación de don Quijote, su postura fuera de la venta, que él imagina castillo, haciendo guardia y, por lo tanto, armado (“fuera de la venta, armado y a caballo, haciendo la guarda”).

Con esos simples detalles, Cervantes coloca a don Quijote en una situación paralela a la de Iñigo en el momento de ser herido en el castillo de Pamplona, una variación sobre un tema sobradamente conocido y que nos sugiere a Iñigo haciendo “la guarda” de la

fortaleza y, por lo tanto, armado, tal como también aparece en el fragmento de la Vida objeto de la parodia, metafóricamente armado y en guardia<sup>894</sup>.

Los restantes sucesos (el momento de la herida, la rendición de la fortaleza, o castillo, y el traslado hasta la casa-torre) ya han sido anteriormente parodiados, el objetivo es ahora la segunda intervención de los médicos en la pierna de Iñigo.

Don Quijote se encuentra, pues, contra su voluntad, atado por la muñeca, con todo el brazo metido en el agujero y con los pies ligeramente apoyados sobre la silla de Rocinante. La posición no puede ser más molesta y dolorosa, de puntillas, con el cuerpo incómodamente estirado y, además, inmóvil (“no osaba hacer movimiento alguno”), temeroso de quedar colgado de la mano si Rocinante se mueve.

A Iñigo, antes de la intervención quirúrgica, quisieronle atar porque la dureza de la operación y la necesidad de permanecer inmóvil lo exigía, pero él, pareciéndole indigno del ánimo de un caballero de la Banda, no lo consintió. No obstante, aún estando suelto y desatado, se mantuvo todo el tiempo “*sin menearse*”.

Aunque existe una diferencia importante, don Quijote atado por la fuerza y Iñigo no, los dos, sin embargo, permanecen inmóviles, Iñigo “*sin menearse*”, don Quijote sin “hacer movimiento alguno”, en ambos casos el más mínimo movimiento puede acarrear graves consecuencias y, en ambos casos, se trasluce la entereza de los protagonistas.

Ya en su casa, Iñigo sufre una primera operación de la que sale con vida casi milagrosamente, aunque le quedan “*dos deformidades en la pierna. La una era de un hueso que le salía debajo de la rodilla feamente. La otra nacía de la misma pierna, que por haberle sacado de ella veinte pedazos de huesos, quedaba corta y contrahecha, de suerte que no podía andar, ni tenerse sobre sus pies.*”

El problema es, pues, que todavía no puede andar, ni siquiera tenerse sobre sus pies, situación aparentemente muy distinta a la que se encuentra don Quijote que, aunque no puede andar, sí está en pie, gracias a que se haya asido de la mano, casi colgado. A pesar de la diferencia, tendido o en pie, ninguno de los dos puede moverse. Cervantes sugiere la identidad con una frase parecida: “no podía andar, ni tenerse sobre sus pies.” / “no podía sino estar en pie”

El resto de la parodia se centra en la primera parte del proceso de restauración voluntario de la pierna de Iñigo, en la advertencia de los cirujanos

*Y como le dijiesen que sí, pero que sería muy a su costa, porque habiéndose de cortar por lo vivo, pasaría el mayor y más agudo dolor que había pasado en toda la cura [...] Cortado el hueso, se quitó la fealdad.*

Rocinante, levemente excitado por las cabalgaduras de los caminantes que llegan a la venta, se mueve un poquito, y entonces “se desviaron los juntos pies de don Quijote, y resbalando de la silla, dieran con él en el suelo, a no quedar colgado del brazo”.

El leve movimiento de Rocinante deja sin apoyo a don Quijote que, de no estar atado por el brazo, hubiera caído estrepitosamente al suelo, “cosa que le causó tanto dolor, que creyó o que la muñeca le cortaban o que el brazo se le arrancaba.”

El denominador común es el tremendo dolor, a Iñigo le avisan de que “*pasaría el mayor y más agudo dolor que había pasado en toda la cura*”, don Quijote lo siente y, a pesar de que no sufre el corte como Iñigo, el narrador especifica que el sufrimiento fue parecido. Aunque la parodia recae sobre extremidades diferentes, el objetivo en ambos textos es sugerir el dolor que produce el corte de un hueso “por lo vivo”.

Pero volvamos a la pierna de Iñigo, a la segunda parte, consistente en restaurar la pierna “corta y contrahecha”

---

<sup>894</sup> “*como caballero cristiano se armó de las verdaderas armas de los otros santos sacramentos, que Jesús Cristo nuestro Redentor nos dejó para nuestro remedio y defensa.*”

*El encogimiento de la pierna se curó por espacio de muchos días, con muchos remedios de uncciones y emplastos, y ciertas ruedas e instrumentos con que cada día le atormentaban, estirando y extendiendo poco a poco la pierna y volviéndola a su lugar. Pero por mucho que la desencogieron y estiraron, nunca pudo ser tanto que llegase a ser igual, al justo con la otra.*

Sobre este final de la Vida, carga Cervantes el mayor peso de la parodia. Ya tenemos a don Quijote con los pies en el aire y colgado del brazo, aunque tan cerca del suelo que con los extremos de las puntas de los pies, besaba la tierra, que era en su perjuicio, porque como sentía lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigábase, y estirábase cuanto podía, por alcanzar al suelo; bien así como los que están en el tormento de la garrucha, puestos a toca no toca, que ellos mismos son causa de acrecentar su dolor, con el ahínco que ponen en estirarse, engañados de la esperanza que se les representa, que con poco más que se estiren llegarán al suelo. (QI, 43).

Para conseguir igualar las piernas, Iñigo, durante muchos días, recurre a preparados farmacéuticos (“*uncciones y emplastos*”) y a remedios mecánicos (“*ciertas ruedas e instrumentos*”) con los que, a base de estiramientos, se pretende alargar poco a poco la pierna hasta volverla a su lugar. Lógicamente esas técnicas son tan dolorosas que Ribadeneyra las califica de auténticos tormentos: “*cada día le atormentaban*”.

La situación de don Quijote resulta todavía más angustiosa. Se encuentra colgado, con todo el peso del cuerpo recayendo sobre el brazo, y con las puntas de los pies rozando tan ligeramente el suelo que el narrador, para expresar tan escaso roce, utiliza metafóricamente el verbo ‘besar’.

Salvar esa pequeña distancia entre los pies y el suelo es el único remedio para acabar con el terrible dolor que causa el estiramiento, razón por la que don Quijote “fatigábase y estirábase cuanto podía”. El narrador concluye comparando la situación con el tormento de la garrucha y explicando que, la base de dicho tormento, es precisamente el estímulo, la esperanza que el ligero toque del suelo, “puestos a toca no toca”, crea en la víctima, que acrecienta su dolor con el ahínco puesto en estirarse.

Si hace un momento Cervantes hacía recaer la parodia sobre el brazo de don Quijote, ahora ha vuelto sobre la extremidad original y, además, reúne en su texto los conceptos y palabras esenciales del fragmento de la Vida: piernas, poca distancia, estiramiento, dolor, ahínco, el tormento producido por un medio mecánico y ese cruel “toca no toca” que igual sugiere el ligerísimo roce con el suelo de la pierna colgada, que el andar irregular producto de la cojera.

También en ambos textos se parte de un deseo, de una necesidad de alargamiento que se transforma en un estímulo permanente, en el eje central de la obsesión, de ahí la rotunda presencia del verbo estirar (repetido dos veces en el fragmento de la Vida y cuatro en el Quijote), cuya acción, propia del tormento de la garrucha, sufren tanto Iñigo como don Quijote.

Los paralelismos formales y semánticos quedan claros en el siguiente cuadro

<b>VIDA</b>	<b>QUIJOTE</b>
<i>caballero</i>	a caballo
<i>se armó</i>	armado
<i>no podía andar, ni tenerse sobre sus pies</i>	<u>no podía</u> sino estar en <u>pie</u>
<i>cortar</i>	cortaban
<i>dolor</i>	dolor
<i>atar</i>	atado
<i>sin menearse</i>	<u>no osaba hacer movimiento alguno</u>



<i>pies, pierna</i>	<b>pies</b>
<i>atormentaban</i>	<b>tormento</b>
<i>estirando / estiraron</i>	<b>estirábase / estirarse / estiren</b>
<i>poco a poco</i>	lo <b>poco</b>
<i>llegase a ser igual</i>	<b>llegarán</b> al suelo
<i>ciertas ruedas e instrumentos</i>	la garrucha

Existen, no obstante, algunas diferencias significativas que, aunque no afectan al sentido de la parodia, sí marcan un distanciamiento o, por lo menos, apuntan a dos realidades radicalmente opuestas. La principal es que Iñigo se somete a la segunda operación, y a los estiramientos, voluntariamente, por razones estéticas, mientras que don Quijote lo hace engañado y forzado, su objetivo no es estético, sino de supervivencia.

Dicha diferencia puede, curiosamente, trasladarse a otras dos realidades, la del soldado Iñigo de Loyola y la del soldado Miguel de Cervantes. La del primero ya se ha analizado y recogido tanto por él mismo como por su biógrafo Ribadeneyra. ¿Y la de Cervantes?

Parece inevitable pensar en determinados paralelismos entre la vida de Iñigo y la del mismo Cervantes, ambos heridos en sendas campañas militares, el primero lisiado en una pierna, el segundo en un brazo. La historia del primero se conoce ampliamente, sobre Cervantes, sin embargo, apenas se sabe que en 1571 pierde, de un arcabuzazo en la batalla de Lepanto, el uso de la mano izquierda.

¿Cuánto tiempo después, dónde, en qué circunstancias fue curado? ¿En qué estado quedó realmente la mano? ¿Sintió que le cortaban la muñeca o le arrancaban el brazo? Con anterioridad se ha visto cómo Cervantes, para difuminar el trabajo paródico, hace una traslación del dolor del hueso cortado de la pierna de Iñigo, al brazo o a la muñeca de don Quijote: ¿“le causó tanto dolor, que creyó o que la muñeca le cortaban o que el brazo se le arrancaba.”? ¿Pensaba Cervantes en su propia experiencia?

Aparecen mezclados en este final del capítulo 43 dos temas muy trascendentes en el consciente y subconsciente cervantino, la invalidez física a causa de la guerra y los tormentos vistos, y probablemente sufridos, durante los cinco años de cautiverio en Argel. Me sugiere esta idea el interesante libro, a pesar de sus reiteraciones didácticas y de mercadotecnia neouniversitaria, *Cervantes en Argel*, de María Antonia Garcés.

Además de conocer a fondo las galeras cristianas, Cervantes permaneció cautivo en Argel desde 1575 hasta 1580, año de su rescate. Debieron ser días muy ricos en sufrir y contemplar todo tipo de experiencias traumáticas. Los cuatro intentos de fuga, más su condición de mercancía valiosa para un cuantioso rescate, le mantuvieron siempre en el filo de la navaja. El alférez Diego Castellano declara en la *Información de Argel*

[Estando] siempre encerrado, cargado de cadenas, [...] [Cervantes], deseando hacer bien y dar libertad a algunos cristianos, buscó a un moro que a él y a ellos los llevase a Orán, por tierra, y los sacó de Argel; y habiendo caminado algunas jornadas el moro los desamparó; por lo cual le fue necesario volverse para Argel al propio encerramiento que de antes estaba, y desde entonces fue muy más maltratado que de antes de palos y cadenas.<sup>895</sup>

“para el doctor Sosa y otros clérigos y cronistas de la época, el mundo de Berbería era un universo apocalíptico lleno de torturas, ejecuciones y derramamientos de sangre [...] Aunque Cervantes no alcanza nunca los excesos de horror desplegados por Sosa en su descripción de estas torturas, el Cautivo, al referirse a Hasan Pachá, bey de Argel,

<sup>895</sup> Garcés 2005: 98.

corroborar la pintura de Sosa de estas horripilantes experiencias: <<y aunque el hambre y desnudez pudiera fatigarnos a veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oír y ver a cada paso las jamás vistas ni oídas crueldades que mi amo usaba contra los cristianos. Cada día ahorca el suyo, empalaba a éste, desorejaba aquél; y eso, por tan poca ocasión, y tan sin ella, que los turcos conocían que lo hacían más por hacerlo, y por ser natural condición suya ser homicida de todo el género humano>> DQI, 40.”<sup>896</sup>

Sirvan estos ejemplos para hacernos comprender que cuando Cervantes habla de la garrucha no lo hace a ciegas, sino como quien evoca, a pesar de su buen humor, momentos de intenso dramatismo y terror porque, como señala Leo Spitzer, el humor es en el Quijote un elemento “que tiende a amortiguar, o relativizar, los sufrimientos”<sup>897</sup>.

¿Sufrió Cervantes en alguna ocasión, tras sus cuatro intentos de fuga, el tormento de la garrucha? ¿Es por eso que mezcla los tormentos voluntarios, estéticos, de Iñigo, con los martirios de los cautivos? ¿Está planteándonos una comparación entre la vida de algunos santos, que alcanzan la santidad a base de sacrificios voluntarios, y la de los muchos mártires anónimos esclavizados en Argel y en otros puntos del Mediterráneo? Desde luego en *El Trato de Argel* los cautivos aparecen en muchas ocasiones como auténticos mártires, personas anónimas dispuestas a entregar la vida antes de renegar de sus principios religiosos.

#### ANTES QUE LLEGUE LA NOCHE

Queda, pues, claro que, según los datos ofrecidos sobre las piernas de don Quijote antes y después de este capítulo, debemos aceptar la afirmación del ama sobre la cojera como la forma encubierta más osada encontrada por Cervantes para decir lo que era tan difícil hacer sin caer en la evidencia.

Es verdad que el ama ha pronunciado tal afirmación sin ni siquiera explorar a don Quijote pero, según vamos viendo, da la sensación de que todos los personajes de la novela son, a su vez, actores de un guión que disimulan interpretar. Volvamos a escuchar las castizas palabras del ama

-¡Mirá, en hora maza –dijo a este punto el ama-, si me decía a mí bien mi corazón del pie que cojeaba mi señor! Suba vuestra merced en buen hora, que, sin que venga esa hurgada, le sabremos aquí curar. ¡Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerías, que tal han parado a vuesta merced!

El ama utiliza un verbo, ‘subir’ (“Suba vuestra merced en buen hora”), que nos aporta un importante dato arquitectónico sobre la existencia de, al menos, dos niveles en la casa: el del corral, donde todos han salido a abrazar a don Quijote, y un segundo plano donde el ama insta a subir a don Quijote.

Puede parecer un dato baladí, pero no olvidemos que Cervantes trabaja con el propósito de una imitación perfecta, de una traslación paródica de los datos fundamentales de la vida de Loyola, y la casa-torre, el hogar al que llegó herido Iñigo, estaba construida sobre una antigua fortaleza defensiva transformada en casa con distintos niveles

Según la tradición, que llega a testigos contemporáneos, el aposento donde doña Magdalena colocó al herido se hallaba en lo más alto de la casa. Y se comprende fuera así cuando se examina cuidadosamente cómo se hallaba ésta en vida de Iñigo. El piso bajo, a flor de tierra, estaba destinado a bodega y aperos de labranza, y aun parece contenía una artesa para amasar el pan, no cuerdas

---

<sup>896</sup> Garcés 2005: 101.

<sup>897</sup> *Estilo y estructura en la literatura española.*

como a veces se ha afirmado. En el piso primero había una sala de armas comunes, la cocina con su despensa y un par de habitaciones para la servidumbre. El piso segundo era el de los señores del palacio: salón lujoso de armas y visitas, amplio comedor, adjunta capilla, y frente a estas dos últimas piezas, la cámara nupcial de los Loyolas en la que nació San Ignacio, con sus correspondientes alcobas. El tercero y último piso contenía los dormitorios de los hijos y los aposentos destinados a huéspedes.<sup>898</sup>

En los próximos capítulos, Cervantes ofrecerá nuevos matices estructurales sobre la casa de don Quijote que demuestran que, lejos de parecerse al tipo de vivienda de una sola planta, con doblado, típica de Castilla, la casa de don Quijote guarda cierta semejanza, en niveles, con la de Loyola.

**Lleváronle** luego a la cama, y, catándole las **feridas**, no le **hallaron** ninguna; y él dijo que todo era molimiento, por haber dado una gran caída con Rocinante, su caballo, **combatiéndose** con diez jayanes, los más desafortunados y atrevidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra.

Don Quijote no miente, sino que de nuevo, valiéndose de un lenguaje aparentemente disparatado y absurdo, vuelve a referir, simbólicamente, las circunstancias de Iñigo pues, al culpar a los jayanes de su situación, está sutilmente evocando la desigual lucha mantenida por Iñigo contra la artillería francesa, precisamente el vocablo ‘jayán’, gigante, procede del francés antiguo ‘*jayant*’.

Igual que en el capítulo ocho aparecerán los molinos de viento como símbolos de un enorme poder, aquí los ‘jayanes’ sugieren un valor metafórico semejante, el poder incontrolable y gigantesco de las nuevas piezas de artillería que, enviando proyectiles por el cielo, hicieron rodar a Iñigo por el suelo. Para reforzar la relación con el episodio del Relato, don Quijote utiliza el verbo ‘combatir’ (“**combatiéndose** con diez jayanes”), el mismo empleado en la descripción del enfrentamiento con los franceses (“Y así, estando en una fortaleza que los franceses **combatían**”. R, 1).

Al mencionar a los jayanes, don Quijote saca a relucir su alienación caballeresca, su obsesiva manía libresca, razón por la que el cura, muy interesado en que nadie, excepto él, influya en la mente de sus feligreses, interviene inmediatamente anunciando la inminente actuación

-¡Ta, ta! -dijo el cura-. ¿Jayanes hay en la danza? Para mi santiguada que yo los quemé mañana antes que llegue la noche.

La hábil respuesta del cura, que nosotros, gracias a la información anterior, entendemos referida a los libros, y no a los jayanes, introduce otra nueva suspicacia, pues su supersticiosa "santiguada", también gracias a las anteriores alusiones heréticas, complementa el ambiente de sospecha existente en Alcalá en torno a Loyola, de ahí que el cura, ante la presencia de un posible hereje, prometa quemar los libros lo más inmediatamente posible, “mañana antes que llegue la noche”, tiempo que coincide con el momento en que solían realizarse los autos de fe y, sobre todo, los braseros, es decir, las fogatas individuales encendidas a los pies de cada reo antes de que llegara la noche.

## MIL PREGUNTAS

Tras las palabras del cura, interviene por último el narrador para cerrar el capítulo

**Hiciéronle** a don Quijote mil **preguntas**, y a ninguna **quiso** responder otra **cosa** sino que le diesen de **comer** y le dejaran dormir, que era lo que más le importaba. Hízose así, y el cura se informó muy a la larga del labrador del modo que había hallado a don Quijote. Él se lo contó todo, con los disparates que al

---

<sup>898</sup> Leturia 1941: 124-125.

hallarle y al traerle había dicho, que fue poner más deseo en el licenciado de hacer lo que otro día hizo, que fue llamar a su amigo el barbero maese Nicolás, con el cual se vino a casa de don Quijote.

En general, basta leer el fragmento bajo la sospecha de la doble intencionalidad para comprender la situación de opresión y acoso en la que se encuentra don Quijote. Ha sido abrazado, ‘recluido’ en la cama y, ahora, pretenden someterlo a un inoportuno y mortificante interrogatorio (“mil preguntas”) sin respetar su estado y necesidad. Otra nueva referencia metafórica al ambiente procesal de Loyola en Alcalá y Salamanca, sugerido aquí con el pretendido interrogatorio a don Quijote y que él ha evitado con el pretexto de la comida porque “era lo que más le importaba”, frase anfibológica con la que se hace referencia no solo a la necesidad real creada por el desarrollo externo de la novela, por la jornada de vuelta a casa sin provisiones, sino también para armonizar con las circunstancias históricas de la llegada de Loyola a Salamanca, donde los dominicos, con el subterfugio de una invitación a comer, le confinaron en el convento con la intención de interrogarle. El cuadro de referentes muestra las coincidencias formales y el trasfondo inquisitivo de los tres textos

RELATO	VIDA	QUIJOTE
-Y <u>aquí le preguntaron muchas cosas</u> . -Pues, dijo el confesor, será bueno que os vengáis acá a <b>comer</b> el <u>domingo</u> ; mas de una <b>cosa</b> os aviso, que ellos <b>querrán</b> saber de vos <u>muchas cosas</u>	<i>Pues venid (dice el confesor) el domingo a <b>comer</b> con nosotros; mas venid apercibido, porque mis frailes <b>querrán</b> informarse de muchas <b>cosas</b> de vos y os <b>harán</b> hartas <b>preguntas</b></i>	<b>Hiciéronle</b> a don Quijote <u>mil preguntas</u> , y a ninguna <b>quiso</b> responder otra <b>cosa</b> sino que le diesen de <b>comer</b> y le dejasen dormir, que era lo que más le importaba.

El interrogatorio exhaustivo del que se previene (“muchas cosas” / “hartas preguntas”) va precedido en ambas fuentes de una invitación a comer, de ahí que don Quijote quiera, lógicamente, primero comer y después dormir, porque el largo sueño en el que queda sumido simboliza, como veremos, los procesos y cárceles padecidos por Loyola, de ahí que comer y dormir fuera “lo que más le importaba” para alcanzar la imitación perfecta.

Una vez dormido don Quijote, el cura se centra en Pedro Alonso, a quien, igualmente, somete a un interrogatorio exhaustivo, más propio de un proceso (“el cura se informó muy a la larga” “se lo contó todo”), que de una curiosidad bienintencionada.

Además de contarlo todo, el labrador hace hincapié en “los disparates que al hallarle y al traerle había dicho”, nueva alusión a las ideas heréticas<sup>899</sup>, al tema de fondo que de aquí en adelante fluirá por el cauce subterráneo de la novela.

De nuevo los referentes indican claramente cómo la larga información del labrador, el exhaustivo interrogatorio a personas ajenas a don Quijote, parodia las pesquisas y largas informaciones hechas por los inquisidores en el entorno de Loyola

VIDA	QUIJOTE
<i>De ahí a cuatro meses el vicario tornó a <b>hacer</b> nueva <b>pesquisa</b> sobre ellos, y</i>	<b>Hízose</b> así, y el cura se <b>informó</b> <u>muy a la larga</u> del labrador del modo que había

<sup>899</sup> “Mayor maravilla es que siendo Dios tan bueno como es, permita tantas maldades en el mundo, y siendo suma verdad y soberana luz, deje que se levanten tantos errores, y que se sienten en la cátedra de pestilencia falsos profetas y verdaderos embaucadores, y que cieguen a los hombres con las tinieblas de sus disparates y desvaríos” Ribadeneira, *Tratado de la Tribulación*, libro II, II.

<i>después de largas informaciones, y largas preguntas y respuestas que a otros se hicieron, no le dijeron a él palabra, ni le tocaron en un hilo de la ropa</i>	hallado a don Quijote
--	-----------------------

Por último, el narrador concluye el capítulo reiterando que es el conocimiento de los ‘disparates’ contados por el labrador lo que pone “más deseo en el licenciado de hacer lo que otro día hizo”, iniciar el expurgo de la biblioteca de don Quijote o, alegóricamente, la persecución y encarcelamiento de Loyola por sus ideas. Precisamente, también se especifica en la Vida que fue un licenciado quien se puso al frente del proceso a Loyola y sus compañeros en Alcalá

*remitieron el negocio al licenciado Juan de Figueroa que era vicario general en Alcalá del arzobispo de Toledo, encargándole que estuviese sobre aviso y mirase a las manos a aquella gente.*

Igual que el licenciado Juan de Figueroa cuenta para el desempeño de su trabajo inquisitorial con una serie de personas que iremos conociendo, el licenciado Pero Pérez, lo primero que hizo, antes de iniciar el expurgo de la biblioteca, fue llamar “a su amigo el barbero maese Nicolás, con el cual se vino a casa de don Quijote.”

Sabemos a lo que han venido y el conocimiento previo y documentado de la situación que posee el cura. Por eso, tras escuchar los testimonios y acusaciones heréticas de las asustadas ama y sobrina, lo primero que hizo fue anunciar para el día siguiente el “acto público” en cuyos prolegómenos nos encontramos inmersos.

Como se trata de un complejo, trascendente y olvidado asunto histórico, hagamos, antes de presenciar el alegórico escrutinio, una ineludible reconstrucción de los aspectos más relevantes del infrahumano y sobrecogedor auto de fe, definido por Covarrubias como: “El que la santa Inquisición hace, sacando a un cadalso y público tribunal los penitentes y los condenados y relajados, y allí se les leen públicamente sus culpas y sus sentencias. Díjose *ab agendo*, por ser de gran importancia y de tanta veneración”.

### **AUTO DE FE-ACTO PÚBLICO**

Aunque los orígenes de la Inquisición se encuentran en la persecución de las herejías populares en la Europa del siglo XII, su presencia en la península ibérica fue un poco más tardía. Concretamente, en Castilla, “donde no había existido el tribunal medieval, se planteó durante el reinado de los Reyes Católicos la necesidad de su establecimiento a causa del problema que moriscos y judíos creaban a la meta de unidad religiosa que los monarcas se habían fijado. La petición formulada a Sixto IV fue aceptada (noviembre 1478), y el tribunal del Santo Oficio se constituyó en Sevilla en 1480; su primera actuación se produjo al año siguiente con la quema de seis judaizantes (6 febrero)”<sup>900</sup>.

El proceso inquisitorial solía iniciarse de motu propio por las autoridades o por denuncia privada. Una vez puesto en conocimiento del tribunal los supuestos que debían examinarse, “el caso pasaba a los *calificadores*, los cuales incoaban el proceso o declaraban su improcedencia; luego el reo era encarcelado y el fiscal iniciaba el proceso; después de largos interrogatorios, en que solía aplicarse la tortura, se ratificaban las pruebas y se permitía el inicio de la defensa, que no podía ser nunca eficaz, puesto que en ningún momento se comunicaban los cargos, ni los testigos, ni el denunciante; por otra parte el defensor era más un instigador a la confesión que otra cosa, puesto que si actuaba realmente como defensor corría el riesgo de ser denunciado

<sup>900</sup> La Enciclopedia 2003.

como cómplice. Finalmente, se realizaba la *consulta de fe* entre los diferentes miembros del tribunal (en ocasiones el obispo) para acordar la sentencia, que era comunicada al acusado horas antes de pronunciarla públicamente en el *auto de fe* [...] al que acudía con el sambenito o el capirote. Las penas que se imponían eran desde penitencias espirituales a la relajación al brazo secular; en el caso de ser condenado, el reo quedaba inhabilitado para desempeñar cargos públicos y se le confiscaban los bienes. Cuando se relajaba al brazo secular, el acusado era posteriormente quemado en la hoguera (*brasero*) por la autoridad civil”<sup>901</sup>.

En lo esencial, no existían apenas diferencias entre los procedimientos inquisitoriales y los de los tribunales civiles. “En ninguno de los dos ámbitos judiciales, civil e inquisitorial, hay presunción de inocencia para el acusado; en ambas jurisdicciones se utiliza el mismo procedimiento para esclarecer los hechos y en ambos la tortura tiene un lugar destacado [...] donde verdaderamente radica la singularidad de la Inquisición, diferenciándose claramente de la justicia civil, es en el comportamiento del Santo Oficio desde que determina las sentencias hasta que las aplica”<sup>902</sup>, pues la Inquisición ponía en marcha “un despliegue exterior auténticamente colosal para mostrar cuáles son los reos condenados por ella y cómo se cumplen las sentencias impuestas [...] Proceder que, en última instancia, viene determinado por la naturaleza de los delitos en los que entiende; delitos que son pecados, algunos de ellos de tremenda gravedad; delitos que, por tanto, lesionan la Majestad divina, a los que es necesario restablecer en toda su grandeza reparando la ofensa recibida [...] es la Divinidad la afectada y la reparación debe hacerse en consonancia, de ahí que tenga una dimensión pública –como en la justicia civil- que resulte altamente ejemplificadora para que actúe como adecuado elemento reparador y sirva de recordatorio disuasorio de todos aquellos que puedan caer en errores como los que se castigan [...] En este contexto, el Auto de Fe, hecho complejo y excepcional en el que confluyen la espectacularidad, el dramatismo, la violencia, el perdón, el poder, la religión, el arte, la diversión y toda una gama de implicaciones sociopolíticas, se convierte en algo único en el seno de la sociedad española de entonces y en un claro exponente de lo que significa el quehacer de la Inquisición, además de ser contrapunto imprescindible para una valoración global de la actividad del Santo Oficio”<sup>903</sup>.

La preparación y desarrollo del auto de fe suponía una tarea minuciosa y precisa en la que participaba todo el aparato inquisitorial y cuya repercusión social iba más allá de la ciudad y comarca donde tuviera lugar el acontecimiento. “En cualquier caso se trata de algo profundamente vivo, dramático, sobrecogedor [...] los tribunales dan muestra pública de su actividad en el Auto de Fe; los reos se consideran definitivamente culpables cuando las sentencias se refrendan en público durante su celebración; la sociedad española da testimonio colectivo de su catolicismo militante sumándose a los actos que rodean al Auto de Fe y aceptando con su presencia callada y sumisa las decisiones adoptadas que entonces se hacen públicas; la misma realeza, con su asistencia, sanciona el proceder de la Inquisición, que en esta dimensión sí es auténticamente único [...] Con la publicación general y los pregones por las calles de la ciudad se pretendía una preparación psicológica del pueblo, orquestándose con una gran ornamentación y música de atabales y chirimías, <<dejando a toda la ciudad en expectación grande del día prometido, pronosticando toda la grandeza de la acción principal>>, y asegurándose la asistencia del público con la concesión de indulgencias [...] el Auto de Fe se anunciaba el domingo precedente al de su celebración, anuncio

---

<sup>901</sup> La Enciclopedia 2003.

<sup>902</sup> Maqueda 1992: 9-10.

<sup>903</sup> Maqueda 1992: 10.

que se hacía en las iglesias, con el encarecimiento de la asistencia general. En este sentido, la presencia del pueblo era multitudinaria para evitar la sospecha de herejía que podía recaer sobre el ausente por el simple hecho de faltar [...] Finalmente, la publicación se completaba con un último pregón hecho la víspera del Auto de Fe para garantizar la calma y el sosiego en el transcurso del gran espectáculo”<sup>904</sup>.

Téngase en cuenta que las ausencias “en ciertas solemnidades de la vida católica, como las misas y las fiestas religiosas”<sup>905</sup> podían ser motivo suficiente de sospecha. Por ejemplo, dos días antes del auto de fe de Valladolid (21 de mayo de 1559) “se pregonó mandando que so pena de excomunión mayor todas las personas que no tuviesen impedimento se hallasen presentes en el auto”<sup>906</sup>.

En definitiva, el auto de fe constituía un vistoso y espectacular acto social (en el siglo XVI Francisco Peña lo comparaba con una “representación del Juicio Final”<sup>907</sup>) en el que participaban todos los componentes de la piramidal estratificación del Antiguo Régimen, “los representantes máximos del poder político, religioso y social que nos dan la dimensión del Auto como espectáculo multitudinario de exaltación de la fe, que impresiona al pueblo y que defiende y ampara la ideología oficial”<sup>908</sup>.

“Podemos imaginar a los niños acompañando a la comitiva, a hombres y mujeres arremolinados en las calles, escuchando con atención y una mezcla de sentimientos encontrados la noticia que se publica para, posteriormente, refugiarse en sus viviendas y comentar lo que cada uno sabe, ha oído y se imagina sobre los reos que van a ser sacados, las penas impuestas y la ejecución de las mismas: se inauguraba el reinado del rumor, rápidamente propagado y agigantado por doquier.

Por desgracia, los anuncios que tenemos de los Autos de Fe son oficiales y no reflejan este trasfondo, que sería tan interesante conocer. Ni siquiera los cronistas refieren noticias de ello, quizás por el miedo que inspira el Santo Oficio, o quizás por no considerarlo importante. En cualquier caso parece que se miden mucho las palabras sobre el particular.

El pueblo entra en escena como comparsa, aplaude, acepta y se conmueve por la decisión del Santo Oficio. En este sentido, como señala Jaime Contreras, la Inquisición fue un <<instrumento ideológico desplegando su pedagogía del miedo>> centrada en el secreto, con lo que se fomentaba el mito y con ello el terror>> (Bennassar)<sup>909</sup>.

Contribuían a esos escenarios del terror, a tal “pedagogía del miedo”, las comitivas silenciosas, a pie, a caballo y ostentosamente engalanadas, de familiares, amigos y colaboradores del Santo Oficio, los estandartes bordados en oro, los balcones ornados de terciopelos y damascos carmesés, las cruces cubiertas con paños negros...Y todo “precedido <<por el tocar de chirimías, trompetas y atabales>> [...] elementos de un juego sonoro que aumentaría la impresión despertada en el espectador y que no cesaría hasta el final de la procesión”<sup>910</sup>.

Si terrible resulta el atrezo global que encaminaba al escenario del auto de fe, más terrible parece el <<corredor con barando bajo, la calleja de la amargura, por donde se habían de conducir los reos a oír sus sentencias en una como jaula volada hacia la frente del altar>>. Tanto la jaula como la <<calle de la amargura>> que conducía al centro del

---

<sup>904</sup> Maqueda 1992: 10-20.

<sup>905</sup> Boeglin 2006: 54.

<sup>906</sup> Maqueda 1992: 57.

<sup>907</sup> García Cárcel- Moreno Martínez 2001: 180.

<sup>908</sup> Maqueda 1992: 37.

<sup>909</sup> Maqueda 1992: 55.

<sup>910</sup> Maqueda 1992: 61.

cadalso tenían “varios fines: para evitar fugas, para protección de posibles agresiones por parte del público, y para escarnio de quienes lo recorrían”<sup>911</sup>.

“La escena del Auto de Fe quedaría inconclusa sin el quemadero o brasero levantado para esta ocasión. Ambos términos se utilizan para aludir al punto donde se ejecuta la pena de la relajación, pero el primero hace referencia al paraje donde se construye y el segundo al sitio preciso donde se ejecuta la sentencia, es decir, donde se quema al reo”<sup>912</sup>.

El quemadero se encontraba en una plaza vecina, a donde pasaban, tras los condenados, las autoridades eclesiásticas y seculares y toda la muchedumbre. Un día antes se construía allí un cadalso, en cuyo centro había un poste al que ataban al condenado, y se llevaban leña y ramaje seco, con lo que se rodeaba el cadalso.

[...] La ejecución era observada por las autoridades y el pueblo, pero en torno a estas construcciones no se ponen asientos o tablados en que puedan colocarse; tan solo en una ocasión, en el Valladolid de 1559, con la asistencia de Felipe II, D. Carlos y Doña Juana, hay <<un tablado construido para los reyes con suma esplendor que presencian la lúgubre ceremonia, y estuvieron hasta el fin, sin mostrar la más leve señal de cansancio, ni inquietud>>”<sup>913</sup>.

“las dos órdenes que ofrecen mayor relevancia, tanto en relación con el Santo Oficio en general como con el Auto de Fe en particular, son los dominicos y los franciscanos, que ocupan un lugar de honor en la procesión y aportan el mayor número de representantes”<sup>914</sup>. [...] Además los militares podían ser parte activa en este bullicio, pues en algunos casos leemos: <<llevaba la milicia encinas, zarzas y leñas, símbolos de nuestra redención>>; <<batió el alférez la bandera e hizo salva la compañía>>, salva a la que respondió una <<salva real con nueve piezas de artillería y a la salva del puente otra salva real>>. Un ruido ensordecedor que se mantiene largo tiempo: <<Al salir la Cruz hicieron salvas las naves y la torre de la catedral repiques [...] todo lo que duró hasta llegar al tablado>>. Debía ser tremendo el impacto producido por la vivencia de esta escena, con el ruido de la artillería y de las campanas, la comitiva engalanada y un pueblo expectante. Nuestro retrato quedaría incompleto si omitiésemos la alusión a otro componente del impresionante cuadro: la música y los cantos que se elevan en el transcurso de la procesión. <<Los niños cantores, las almas puras entonando su imprecadora letanía *ora pro illis, ora pro illis*>>”<sup>915</sup>.

El momento culminante de la <<representación>> se inicia con la preparación y la salida de los condenados, sometidos a una humillación vergonzante

En la madrugada la cárcel de la Inquisición parecía una colmena excitada. Los reclusos no tenían la menor idea de lo que les esperaba, de qué castigo se le había impuesto; esto se les daba a conocer solo en el curso del auto de fe. Los carceleros preparaban a los condenados para las próximas solemnidades —es decir para la ejecución— cortándoles el pelo, afeitándolos, poniéndoles ropa limpia, ofreciéndoles una comida opípara y a veces, para que cobrasen ánimo, un poco de vino. Acto seguido se les echaba un dogal al cuello y se introducía en sus manos atadas una vela verde. Preparados de este modo salían a la calle, donde les esperaban los guardias y los <<familiares>> de los inquisidores. A los herejes particularmente malignos se les montaba en un burro, vueltos para atrás

---

<sup>911</sup> Maqueda 1992: 177.

<sup>912</sup> Maqueda 1992: 186.

<sup>913</sup> Maqueda 1992: 193-4.

<sup>914</sup> Maqueda 1992: 211-2.

<sup>915</sup> Maqueda 1992: 222-3.



y se les ataba al animal. Las víctimas eran conducidas a la catedral donde se formaba la Inquisición.

[...] Si pensamos que los condenados, concluido el proceso, van a oír las sentencias y a padecer unas penas que no conocen en el momento en que salen para el Auto, comprendemos que <<lo importante es el dolor humano y no la máquina que, llevada de mano también humana, lo provoca>>. La amargura y la angustia de los reos debían ser tremendas, y la desesperación del que iba a ser relajado absoluta. Unos y otros son preparados para el Auto de Fe y sacados de las cárceles

En la [sede del tribunal] a las dos de la mañana se fueron sacando los reos a un patio pequeño [menos a los relajados], se les dio de almorzar y se les pusieron las insignias de sus penitencias. Allí estaban hasta las seis de la mañana”<sup>916</sup>.

Tales insignias son lo que Consuelo Maqueda define como ‘señales externas de la ignominia’, símbolos vejatorios colocados sobre los reos, según sus condenas, y que buscaban su vergüenza y el miedo y disuasión de los espectadores. Dentro de estas señales externas se distinguen dos grupos: las insignias (coroza, mordaza, sogá al cuello, capotillo, casaca) y los sambenitos (especie de capote de lana amarillo, que puede llevar pintadas la cruz de san Andrés y llamas de fuego).

“Imaginemos el cuadro espeluznante de unos reos por las calles de la ciudad y luego en el cadalso, arrastrando su vergüenza. Los relajados con casacas o anguarinas, mordaza, sogá, coroza de llamas, y con frecuencia, capotillo con llamas y en sus manos una vela verde. No caben más baldones para un individuo al que ya no se considera como tal”<sup>917</sup>.

“La pena de muerte era aplicada por la Inquisición a pertinaces y relapsos [...] Las Partidas y la Novísima recopilación sancionaban con pena de muerte la herejía genéricamente y expresamente a los judeoconversos, sortílegos y hechiceros. A los blasfemos, a través de la legislación secular, se les confiscaban los bienes y se les aplicaban duras penas corporales, incluso las galeras. Los bígamos eran desterrados por cinco años, perdían sus bienes y se les marcaba la frente con una Q y desde 1548, enviados a las galeras por cinco o diez años.

Es evidente que fue en los primeros años cuando el número de condenados a muerte por la Inquisición fue mayor. Los datos fragmentarios con los que se cuenta en Valencia o en Toledo hasta 1520 son terroríficos. Familias enteras y pueblos casi al completo fueron barridos [...] la pena de galeras sancionaba, también, más el bestialismo que la sodomía. Los jueces, a la hora de imponer la pena capital, distinguen calidades de perfección (coito homosexual) o de imperfección (coito heterosexual). El gran periodo de condena a muerte por cuestiones sexuales fue 1570-90, pero la represión se prolonga en Valencia hasta 1625, con nada menos que quince sodomitas quemados en un auto de fe en ese año [...] Los condenados a muerte son jóvenes. La mitad en torno a los treinta años y muchos tenían menos de los veinticinco años de edad mínima legal establecida para la condena a muerte en caso de herejía. El condenado a muerte más viejo fue fray Antonio de León, un eremita sodomita de Ulldemolins que tenía ochenta años [...] Hay algunos delitos que en la práctica no merecían tormento y eran la simple fornicación, porque <<ordinariamente los que cometen este delito son rústicos ignorantes y movidos de su deshonestidad y lascivia como ven se permiten casas públicas de mujeres y juzgan no es pecado pagándose y probablemente ignoran lo dispuesto por la Iglesia y sacros cánones y cuando confiesan el delito y que no le tenían por pecado pagándose y digan no sabían lo que la Iglesia tiene dispuesto y guarda, no se le dará más pena que la abjuración de levy o a lo sumo destierro y azotes>>”<sup>918</sup>. Incluso la “simple higiene

---

<sup>916</sup> Maqueda 1992: 231-2.

<sup>917</sup> Maqueda 1992: 237-39.

<sup>918</sup> García Cárcel- Moreno Martínez 2001: 171-177.

personal es motivo de sospechas y denuncias. Los baños, aunque no prohibidos, son vistos con suspicacia [...] especialmente los jueves y viernes en las noches>><sup>919</sup>.

“La idea de que la herejía podía transmitirse en la sangre y heredarse de padre a hijo o de madre a hija halla su primera elaboración oficial en la *Sentencia Estatuto* de Toledo de 1499, un documento que convierte el sentimiento anti-judío en una cuestión racial, estigmatizando a los conversos y excluyéndolos de cargos públicos [...] Los “errores en la fe” eran (en palabras del jesuita Pablo José de Arriaga) “mamados con la leche y heredados de Padres e Hijos”<sup>920</sup>.

En general, “el Santo Oficio dejó un legado de infamia, violencia y cerrilismo que es difícil cuantificar. Sólo entre 1480 y 1530, su época más virulenta, unas 60.000 personas fueron condenadas por sus tribunales, <<pero son datos orientativos y nada fiables>>. Se ha hablado mucho de las torturas, pero sin pretender relativizar su magnitud, el profesor [Peña Díaz] lamenta que otras penas que se imponían en abundancia, mucho más tras ese periodo de horrible esplendor, <<parezcan menores>>, como el destierro, que destrozaba a familias enteras; o, <<muchas veces en función de las necesidades de la monarquía>>, el envío a galeras, donde tantas vidas reventaron; así como la confiscación de bienes o el sambenito, que <<inhabilitaba no sólo al condenado sino también a sus descendientes>>. Su condición de amenaza invisible y ubicua, el miedo sin fin a la denuncia anónima, el desconocimiento incluso de la (supuesta) herejía que se había (supuestamente) cometido, todo ello contribuyó en su época de auge a perfeccionar uno de los más hondos abismos morales abiertos por la Inquisición”<sup>921</sup>.

### **PALABRAS MUY MEDIDAS**

Sirva esa sucinta aproximación histórica al auto de fe (la bibliografía va siendo inmensa) para ofrecernos una somera idea del terrible espectáculo que, en el trasfondo, no tan jocoso, del escrutinio de la biblioteca de don Quijote, deberemos entrever tras las muchas alusiones y sugerencias hábilmente incrustadas entre la prosa de la novela.

Porque ¿qué debió pensar Cervantes, tras escapar de los horribles crímenes contra la humanidad presenciados en Argel, al encontrarse tantos años después con la agudización de los no menos bárbaros y criminales métodos empleados por los católicos?

Su respuesta se encuentra entre estos capítulos del Quijote y en otras muchas páginas de su profunda, medida y muy comprometida obra.

Preparémonos, pues, a contemplar el desarrollo, simbólico, de un espectacular auto de fe, el lento y cruel proceso al que fueron sometidas miles de personas por cuestiones de raza, sexo o pensamiento.

Desde la llegada a la aldea de don Quijote estamos asistiendo a los prolegómenos del auto. Hemos oído el alboroto en la casa, en el lugar donde va a celebrarse (probablemente a causa de una delación) el auto relacionado con unos libros calificados como desalmados, descomulgados, malditos y dignos de encomendarse a Satanás y Barrabás. También se nos ha informado del primer paso dado por el cura (tras los rumores que le han conducido a la vivienda) para interrogar a los habitantes de la casa mientras don Quijote estaba fuera. Por eso, nada más llegar, el reo ha sido encamado o, sea, simbólicamente encarcelado e interrogado (mil preguntas), igual que el labrador que lo ha traído.

---

<sup>919</sup> García Cárcel- Moreno Martínez 2001: 249.

<sup>920</sup> Dopico 2009: 476.

<sup>921</sup> Peña Díaz 2013.

Con la misma intencionalidad subyacente hemos visto a la sobrina recriminarse, culparse por no haber delatado el caso a tiempo y, en compensación, ofrecerse a colaborar y fomentar activamente una acción represiva en la que se han mencionado, directa y simbólicamente, una serie de conceptos que ningún lector de la época podía dejar de asociar con la represión inquisitorial contra los libros y, sobre todo, contra las personas: abrasados, herejes, fe y acto público.

Por último, el narrador nos informa de la entrada, al día siguiente, del cura y su amigo 'maese Nicolás' en casa de don Quijote para dar comienzo al deseado y, según un acobardado Covarrubias, 'venerado' auto-expurgo.